

JAVIER COSNAVA

# HUMANOMAQUIA



## PRIMERA PARTE: EL PEQUEÑO AZABACHE

*Aún mejor que la tauromaquia... es la humanomaquia.  
(Tragabuches, el más famoso lidiador de humanos de todos los tiempos)*

### 1-LA INVASIÓN

(2075, según el calendario de la Tierra)

La primera vez que vi lidiar a un humano fue el día que atacamos su planeta. Nuestras naves descendieron desde las estrellas y sometimos a la esclavitud a una civilización que llevaba miles y miles de años habitando aquellas ciudades. En un abrir y cerrar de ojos, el tiempo de los hombres se había extinguido: sus tanques y sus naves de guerra se evaporaron y sobre la faz de aquella estrella verde y azul pasamos a ser nosotros, los tauridos, la especie dominante.

Yo estaba sentado en la playa, mirando cómo mi padre y el resto de compañeros de nuestra sección de asalto entraban casa por casa de la aldea de pescadores y elegían a aquellos que debían vivir: porque eran fuertes y sanos y servían al gran propósito de nuestro "arte"; o a aquellos que debían morir: porque eran ancianos o demasiado jóvenes. Jaleado mentalmente por sus compañeros, mi padre dejó su arma en el suelo y sacó de su mochila el capote rojo, aquel que le había acompañado en sus corridas más famosas en Alfa Centauri.

—Vamos, Tragabuches — le animó uno de ellos soltando imágenes desde su cerebro, imágenes de antiguas faenas que ahora formaban parte de la memoria colectiva taurida —. Muéstrales a estos humanos lo que eres capaz de hacer.

Yo nunca había visto una corrida en directo. Era un espectáculo grotesco. Así que aparté la mirada mientras mi padre se perdía en una serie de lances y ejecutaba a la perfección su preferido, la media verónica, lanzándose a capotazos y recortes, intentando alejar al humano del resto de sus congéneres, a los que éste trataba de proteger con un palo.

El humano murió de una certera estocada y todos aplaudieron el uso del volapié, la astucia y pericia con la que mi padre se inclinó súbitamente cuando su adversario blandía alto el madero, dando varios pasos sincronizados para engañarle y poderle clavar la punta de la espada en el pecho.

Yo saqué mi libreta y dibujé al humano fallecido. No en la actitud desesperada de defensa de su familia, por supuesto tampoco siendo lidiado por el gran Tragabuches. En mi libreta escolar dibujé esto:



Cuando terminé mi boceto, descubrí a mi padre a mi diestra, meneando la cabeza.

*El hombre no está triste ni asustado durante la lidia — pensó —. Es un animal bravo que ha nacido para morir en la plaza o aquí en la playa. Ése es su destino y la bestia lo acepta con orgullo y entereza.*



Entonces hice otro dibujo: uno de Tragabuches, tan temeroso como el humano; en el fondo igual de triste:

*Éste no soy yo — pensó mi padre —. No se me parece. Yo estoy contento y feliz por lo que he hecho.*

Así que nadie de nuestra sección de combate entendió lo que significaba aquel dibujo. Ni mi madre, ni mis hermanos, y por supuesto tampoco el propio Tragabuches. Porque mi padre era un taurido risueño, uno de los hombres más extrovertidos que yo conocía. Aparte de por su arte, que causaba admiración en nuestro planeta, era conocido por su personalidad arrebatadora, que encendía a las masas.

*Así te veo yo cuando lidias humanos — pensé con el mayor énfasis que mi mente infantil era capaz —. Triste, pero poniéndote una máscara que te hace parecer feliz.*

Ahora que rememoro aquella escena desde el recuerdo, pienso que tal vez mi padre entendiera los dibujos, porque los cogió con una pezuña temblorosa y los rompió en pedazos. Después me miró con una tristeza que traspasó la máscara que siempre llevaba. Entonces me dijo que nos íbamos a llevar al niño humano a nuestra nueva casa en la Tierra.

Al fondo, tirando de miedo, estaba la familia del humano al que acababa de asesinar. La madre fue tiroteada por nuestra unidad de combate, así como el hermano mayor. Pero el más pequeño fue encadenado y subido a nuestra nave.

*Los humanos no son telépatas — pensó mi padre —. Hablan a través de las cuerdas vocales. No son más que animales, seres sin alma, y es una estupidez preocuparse por su muerte. Sirven a un fin mayor: el noble arte de la humanomaquia. Tu abuelo me inculcó estas ideas desde que nació pero parece que yo soy incapaz de hacerlo contigo.*

Se alejó meneando la cabeza.

Llevamos al niño humano a nuestra casa y lo instalamos en el sótano. Cómodamente atado a una cadena, según mi padre. No le faltaba agua ni sobras de nuestras comidas. Era un buen humano que lloraba poco y se pasaba el día hecho un ovillo, tiritando.

Aquella misma semana mi padre me dijo que teníamos que hacer un viaje interplanetario. Cerca del espaciopuerto de Nueva Madrid, Tragabuches pensó:

*¿Qué llevas ahí, hijo?*

*Mi libreta escolar. Mi cuadernillo — repuse.*

*¿Con las caras tristes? ¿Has vuelto a hacerlos?*

*Sí.*

*No se los muestres a nadie. Me avergonzarías. Azabache, el hijo de Tragabuches, no puede estar triste ni dibujar cosas tristes. Es el taurido más afortunado del planeta.*

Pero yo no le hice caso y se los enseñé a todo el mundo. Lo curioso es que las gentes no veían en mis dibujos las facciones de alguien triste sino que veían a un taurido feliz en el fondo de una lidia brillante, del trabajo bien hecho. Veían al matador, por supuesto, la visión idealizada que tenían del gran héroe, del

*Todavía queda mucho por estudiar y por entender acerca de la telepatía taurida. No es una realidad cerrada, no es el final de un camino. Es el principio de una vereda infinita que apenas comenzamos a recorrer.*

*(Gargantillo, filósofo del tercer planeta del imperio)*

## 2-LA CONEXIÓN CON EL OTRO

Viajamos al cinturón de Orión. Allí tenían lugar las pláticas entre los miembros del Alto Consejo taurido. Ellos decidirían en qué forma se iba a colonizar la Tierra, cómo criar a los ejemplares humanos destinados a la lidia; en una palabra, la organización de las granjas de hombres los ganaderos habían planificado ya para sostener el espectáculo.

Fueron negociaciones duras. Yo era pequeño y no entendía lo que allí se discutía. Eran cuestiones técnicas y económicas para maximizar los beneficios de la humanomaquia. Tragabuches y otros matadores fueron llamados a la sala del Alto Consejo para dar su opinión. El pequeño Azabache, por supuesto, se quedó afuera, esperando que su padre y el resto de sus compañeros salieran de la reunión. No obstante, como el evento se retransmitía a través de la red holográfica interplanetaria, pude seguir lo que sucedía durante toda la asamblea. Como cualquier ciudadano del imperio.

Así supe que se había decidido expoliar buena parte del planeta, especialmente Europa, Rusia y Norteamérica, dejando las zonas más pobres o desérticas del continente africano para que vagasen libres los hombres supervivientes a la invasión. Quién sabe si un día no necesitaríamos una nueva generación de ganado humano salvaje, de primera calidad.

*Me costó mucho convencer al Consejo de la necesidad de que parte del planeta quedase en manos de los hombres, aunque despojados de armas y de utensilios electrónicos — me dijo más tarde mi padre, mientras paseábamos por la nave nodriza —. Había empresarios que estaban dispuestos a hacerse cargo del desierto más árido e inhabitable. Cualquier cosa puede dar beneficios si sometes a sus pobladores a la esclavitud. Pero yo creo que es bueno que una pequeña parte de la raza de los hombres se valga por sí misma. Ni siquiera estamos seguros de cómo reaccionarán los especímenes que vamos a criar en granjas. Tal vez no sean tan bravos como es necesario para una buena faena en la plaza. Dejar un buen número de animales en libertad era la mejor opción. Mis compañeros de lidia estuvieron de acuerdo y al final vencimos las reticencias del Alto Consejo.*

*Has hecho una gran obra, padre — repuse, afilando mis ondas cerebrales para resaltar la ironía —. Tal vez un día te erijan otra estatua por haber sido tan magnánimo.*

Había estatuas de Tragabuches en casi todas las ciudades del imperio. Retratado en la suerte de matar, clavando su estoque en el pecho de un humano. Era una imagen icónica que hasta los niños de pecho conocían.

*No he sido magnánimo — me explicó mi padre, mirándome de forma extraña, no completamente ajeno al tono de mis pensamientos —. Sólo hice lo mejor para la Fiesta.*

Yo removí la cabeza. Porque aunque fuese sólo un niño, ya tenía claro que torturar a un ser vivo en una plaza podía ser cualquier cosa menos una Fiesta. Aquella noche, tuve una extraña pesadilla. Soñé que estaba delante de cuatro humanos

más famoso lidiador de humanos de todos los tiempos, tal y como lo había apodado la prensa años atrás.

Yo finalmente opté por darles la razón, y me maravillaba como ellos de los más de quinientos humanos que había lidiado, de las cien orejas, veinte brazos y siete piernas que teníamos en casa colgados en la pared de los trofeos.

Aquellos tauridos que eran mis convecinos se alejaban pensando: *Qué buen chico. Claro, es el hijo de Tragabuches.*

bravos de la mejor ganadería, en el centro de una gran plaza de un diámetro enorme. Vestía la típica camisa de lidia blanca con doble ojal en el cuello, la que llevan todos los aprendices de matadores; llevaba también la faja y el pantalón, y los pitones de mis cuernos embolados.

—¿Tú también quieres ser matador de humanos? — dijo el primero de mis adversarios utilizando las cuerdas vocales.

—No — le aseguré, hablando también por voz como hacen las especies inferiores.

—¿Entonces por qué has venido a esta plaza? — dijo otro.

—Yo no he venido a esta plaza; no recuerdo cómo he llegado. Sólo quiero irme y quitarme este ridículo disfraz — añadí, señalando mis vestiduras.

—Entonces vete — dijeron los cuatro humanos a coro.

Desperté sobresaltado. No sólo por la pesadilla que me había asaltado en la noche sino porque estaba seguro de haber oído una voz en mi cabeza, una voz que ahogaba las voces de mi sueño para devolverme al mundo real: a aquella vieja nave madre en órbita en torno a una supergigante azul.

*Hola — repitió la voz en mi mente —. Soy yo.*

Era una voz casi inaudible, como la de un bebé taurido, un pequeño que todavía no es capaz de controlar sus ondas cerebrales y la telepatía que ha desarrollado nuestra raza.

Pero no se trataba de un bebé. Los pequeños que están aprendiendo nuestro don emiten ideas muy simples, gemidos de gozo, peticiones de abrigo o de alimento. Pero aquel ser que me hablaba parecía un joven, un adolescente como yo.

*Si me oyes, por favor muéstrame un dibujo de mi familia. Les echo de menos — dijo aquella voz, pensando todavía con poca fuerza, como si estuviera aprendiendo a comunicarse.*

*Muéstrame una foto de mi familia antes de que nos atacasen — insistió.*

*¿Eres un niño humano? ¿El que tenemos preso?*

*Sí. Muéstrame a mi familia en un dibujo, por favor — repitió una vez más.*

La telepatía taurida es limitada, sólo enviamos palabras. Así le expliqué al humano pero éste insistió en que necesitaba ver a su familia porque estaba por volverse loco de soledad. Así que lo hice que me pedía. Dibujé de memoria esto:



*Creo que puedo verlos. También a otros amigos del pueblo.*

No estoy muy seguro de reconocerlos, pero se parecen — balbuceó la onda cerebral del niño. Después se echó a llorar mientras yo pedía perdón por no haberlos dibujado mejor. Así es como recordaba la escena.

Durante un rato, el niño permaneció en silencio. No quería interrumpirle. Pensé que aquel llanto era demasiado privado para que yo me inmiscuyese. El sonido de su dolor rebotaba en mi cabeza y yo mismo estuve a punto de romper a llorar. Pero finalmente sus lágrimas se secaron y reuní el valor para preguntarle:

*¿Qué haces tú aquí en la nave?*

*Tragabuches me trajo. Dice que siempre debo ir con él. A todas partes. Es mi dueño.*

*¿Sabe que eres telépata?*

*¿Telépata? ¿Qué es ser telépata?*

Me sorprendió que no se hubiese dado cuenta de que no estábamos en la misma habitación. Tal vez estuviera atado en la zona de carga, entre maletas; tal vez hubiera perdido la noción del tiempo y del espacio. O tal vez estuviera perdiendo la razón. De cualquier forma, si los tauridos del Alto Consejo supiesen que hay un humano capaz de usar la telepatía, respetarían más a aquella raza y no la tratarían con desprecio, condenándola a servir al negocio de la humanomaquia.

Hablamos de ello y el niño me pidió que no revelara su secreto. Si lo hacía, me advirtió, nunca más volveríamos a hablar. Pensé que tenía miedo de que hicieran experimentos con él para encontrar la causa de su don, o que silenciaran su existencia para que nadie supiese que los humanos podían ser telépatas. De todos modos, pregunté:

*¿Por qué no quieres que nadie lo sepa?*

Pero el niño cambió de tema. Quería ver a su madre jugando con él y demandaba un nuevo dibujo.

*Antes he dibujado a tu familia de memoria — le expliqué —. No recuerdo sus rostros demasiado bien. Para mí, todos los rostros humanos son muy parecidos. No sé si conseguiré dibujar a tu madre tal y como era.*

*Voy a pensar en ella — me dijo el niño.*

Ignoro cómo lo consiguió, porque la telepatía taurida no lo permite en teoría, pero me pareció ver fragmentos de su vida: las caricias, las dulces palabras y hasta el óvalo del rostro de su madre, o sus profundos ojos negros. O tal vez lo imaginé todo para complacerle. Dibujé entonces a su madre:



*Después de la invasión, quedan aún con vida 2 millones de humanos. ¡2 millones! Una cifra tan elevada no sería posible sin nuestras granjas de hombres. Esa bella, brava, hermosa estirpe de bestias habría sido exterminada. Aquellos que se oponen a la humanomaquia no se dan cuenta de que los hombres viven a sus anchas y comen cuanto quieren para acabar muriendo de una forma noble aplaudidos por el gentío. Me río yo de esos sensibleros defensores de los animales.*

*(Arromerado, ganadero taurido famoso por la fiereza de su ganado humano)*

### 3-SOLITARIO

*¿Dónde estamos? ¿En Europa o en otro continente? — me preguntó la noche siguiente el niño humano.*

Luego me pidió una imagen suya junto a su perro.



Finalmente a su padre antes de ser atacado por el más famoso lidiador de humanos de todos los tiempos.



*Quiero que el tiempo se detenga — dijo el pequeño —, que después de este instante no haya nada más, que no dibujes nunca a esos seres malos entrando en mi casa. Como si aquello no hubiese sucedido jamás.*

*No dibujaré lo que pasó más tarde — le aseguré —. Haremos como si jamás hubiese pasado.*

En su lugar quise dibujar de nuevo la casa de su familia lo mejor que la recordaba. Pensé en lo felices que habían sido antes de que llegásemos y me di cuenta de que la felicidad no está en los muros de una vivienda, y que es capaz de traspasar ladrillos y que no necesitaba dibujar la realidad para describir a aquellos seres que fueron felices antes de llegar los tauridos con sus naves de guerra y sus cadenas de esclavo.

*Tu casa está ahora en otra dimensión más allá de las tres que nos han enseñado que existen. Un lugar que he declarado imposible de alcanzar por un taurido — le expliqué al niño —. Es un lugar imaginario, así que nadie puede matar a los tuyos ni a raptarte para encadenarte en una bodega de carga.*

Ni siquiera sé si mi interlocutor podía ver telepáticamente mis dibujos o si, abocado como yo mismo a aquel juego de ensueños, imaginaba verlos como yo había imaginado el rostro de su madre. Pero el caso es que el pequeño me dio las gracias. Por fin se había reunido con su familia y era feliz. Yo, por mi parte, cerré los ojos y dormí de un tirón hasta la mañana. Aquella noche, no tuve más pesadillas.

*No estamos en tu planeta. Nos hallamos en una nave.*

Él no sabía cómo era una nave de hidrógeno ionizado (yo tampoco) y todavía menos cómo, para trayectos largos, usábamos puertas interestelares o agujeros de gusano. De esta forma nos trasladábamos de una parte a otra de la galaxia. Así que entre su ignorancia y la mía, decidí reírme y añadir:

*Estamos en el espacio.*

Se hizo el silencio. Los pensamientos de mi interlocutor parecían vagar confusos y al cerrar los ojos me pareció ver rostros, escenas repetidas del combate entre un taurido vestido de matador y un humano. Pero la escena era diferente a la de mis recuerdos, el taurido más alto, el humano mucho más viejo. Luego me alcanzó la imagen de la familia del niño, caricias olvidadas de sus progenitores, besos perdidos en el tiempo. De nuevo me pregunté cuáles eran los límites de la telepatía taurida o hasta qué punto eran veraces las imágenes que estaba viendo. Acaso, la perspectiva del observador lo cambia todo y el pequeño nos veía como a gigantes venidos desde el cielo para aplastar a los diminutos seres humanos.

*¿Cómo te llamas? — inquirió el niño de pronto.*

*Soy Azabache. Significa oscuro. El nombre lo eligió mi padre.*

*Yo una vez también tuve nombre. Pero mi familia ha muerto y ya no quiero tenerlo.*

Se hizo el silencio. De alguna parte llegaba un rumor lejano de máquinas en funcionamiento, motores que rugen en medio de la nada. Tragué saliva y pensé:

*Pero tendré que llamarte de alguna manera.*

*Lláname el-que-está-solo. Ése soy yo ahora.*

*¿Solitario? ¿Prefieres que te llame Solitario?*

*No me gusta. Sencillamente es lo que soy.*

Se hizo de nuevo el silencio. Fue tan denso que llegué a pensar que Solitario se había dormido. Pero cuando yo estaba a punto de cerrar los ojos, oí su voz dentro de mi cabeza:

*Enséñame de nuevo los dibujos de mi familia.*

Eso hice. Él me dijo una vez más que no estaban bien, que no se parecían a sus padres y a su hermano, pero igualmente me dio las gracias. Luego su voz se extinguió. No hablamos más aquella noche.

No volví a saber de él hasta la madrugada siguiente. De hecho, sólo me hablaba de noche, cuando todos nos íbamos a dormir. Tal vez el murmullo de otras voces de los habitantes de nuestra nave, apagaba las suyas, todavía débiles, propias de un aprendiz. En realidad, su voz la oía en todo momento lejana, diferente de la de un taurido. Tal vez las ondas cerebrales de los humanos fueran diferentes de las nuestras.

De nuevo sentí la necesidad de preguntar a alguien más sabio sobre la posibilidad de que un humano pudiera ser telépata.

Pero me acordé de mi promesa de no revelar el secreto de Solitario. Ello me puso triste. No me gustan los secretos.

*Hola.*

Había oído la voz muy cerca, como si alguien me hubiese hablado desde dentro de mi habitación. Abrí los ojos. No estaba soñando. Faltaba media hora para el toque de diana y no tenía mucho tiempo. Debía de hacer todas mis tareas antes de pasar revista. Así que pensé, algo dubitativo por si todo había sido fruto de mi imaginación:

*Hola, Solitario.*

*He notado movimiento en la nave. Pisadas y voces de mando. ¿Regresamos a la Tierra?*

*Sí.*

*¿Volveré a ver a mi familia?*

Aquella pregunta me dejó estupefacto y no supe qué responder. Finalmente, opté por la sinceridad, mientras me preguntaba si el muchacho no estaría perdiendo la razón.

*No podrás verlos. Están todos muertos. Ya lo sabes.*

*Aun así me gustaría verlos. Yo... necesito verlos otra vez. No puedo soportar más esta soledad.*

De nuevo en la Tierra, después del descenso de la nave y de hacer la instrucción con mi sección de asalto, fui corriendo a casa. Hice los deberes lo más deprisa que pude para tener un rato de tiempo libre antes de visionar junto a mi padre las últimas películas bélicas que nos habían llegado.

Todo estaba en silencio cuando bajé al sótano donde vivía Solitario. Descubrí al niño al fondo, lanzando gemidos entre pesadillas. Estaba desnutrido. Dormía sentado como una bestia sin amo, sin ni siquiera un colchón donde tumbarse. No quise despertarle y me fui. Unas extrañas gotas de líquido corrían desde mis ojos, por mis mejillas. Entre los tauridos es un fenómeno desconocido este de perder humores por la cara. Creo que los humanos las llaman lágrimas.



## **SEGUNDA PARTE: EL JOVEN AZABACHE**

*La guerra es el camino, el camino es la guerra. Ésa es la primera enseñanza que debemos transmitir a nuestros hijos.*  
(Salinero, Máximas y Recomendaciones. Imperio Antiguo taurido)

### **4-EL PLANETA TAURI**

**(2076, según el calendario de la Tierra)**

Durante semanas estuve ocupado con las tareas de mi sección de combate. La instrucción de un adolescente taurido es dura, en lo físico y en lo intelectual. Debemos aprender las máximas de los antiguos reyes filósofos y guerreros de nuestro pueblo. Siempre aparece una forma de batalla que sucedió en el pasado e ilustra sucesos del presente y del porvenir. Así somos nosotros. Un pueblo de asesinos.

Y, sin embargo, siempre he soñado con ser uno de esos grandes tauridos del pasado; uno de los que dieron su vida por nuestro planeta, que se esforzaron para cambiarlo buscando un

mañana mejor. Algunos fueron capaces de ver más allá de las las matanzas; comprendieron que podía construirse un mundo distinto. Una enseñanza que descubrí en los libros y que creo que mis maestros no esperaban que alcanzase. Porque los libros contienen mensajes ocultos que sólo pueden verse cuando uno los busca de verdad. Con el corazón. Incluso en un manual de viejas batallas puedes entrever la realidad: que todo es mejor cuando no hay batallas.

Después de mis lecturas, pasé un tiempo adicional en el campamento de maniobras. Cuando regresé a casa el planeta

Tierra había terminado de rodear al Sol y, según el calendario de los humanos, estábamos en un nuevo año. No tenía mucho sentido seguir utilizando el calendario de nuestra sagrada tierra de Tauri en un lugar como. Cada tres meses y medio humanos, cambiábamos de año. En realidad, creo que yo era una de las pocas personas que sabía que estábamos en el año 2076. Para el resto de los tauridos estábamos en el 30.125.

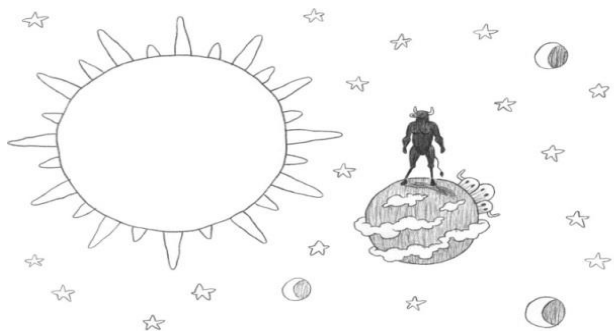
Esa noche, cuando me eché a dormir, estaba tan cansado que no pensé en Solitario. Pero al poco de cerrar los ojos lo oí:

*¿Qué aspecto tiene tu planeta natal, Azabache?*

Tardé un instante en reconocer la voz interior del humano.

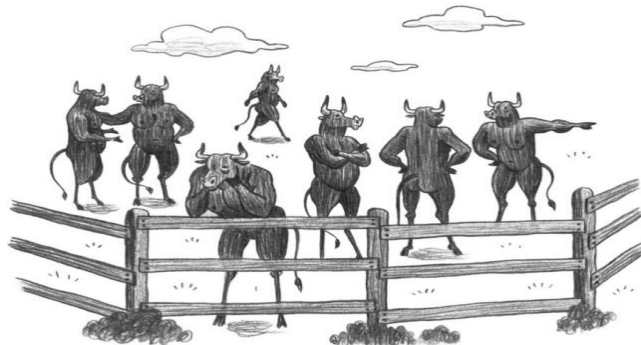
*¿Es bonito el planeta de los tauridos?* — insistió.

*Es mucho más pequeño que la tierra* — repuse —. *Somos un planeta diminuto que orbita en torno a un sol y con tres lunas. Se lo dibujé.*



*No me puedo imaginar un lugar así, Azabache.*

Al oír las palabras de Solitario dibujé un concepto que él pudiera entender mejor.



Se hizo el silencio. Solitario reflexionó sobre mi dibujo y su mente infantil divagó hasta dar con la clave:

*Oh, entiendo, Azabache. Vivís en un lugar pequeño y por eso conquistáis otros mundos. Para tener esclavos.*

*Sí, pero siempre es por un bien mayor. Somos expertos en poner excusas: los atacamos porque son una raza inferior sin sentimientos, pensamientos ni alma, como los humanos. No son civilizados. No son telépatas y se pueden engañar los unos a los otros con la palabra. No practican la democracia directa mental. No saben lo que piensan sus políticos y pueden ser engañados por estos. Al final, será una suerte para ellos ser sometidos porque les traeremos la civilización.*

Le enumeré algunas razas a las que habíamos dominado, como los Loo, a los que aniquilamos casi por completo o nuestra última invasión, el planeta Aire de los Cutt.

*Era un mundo ambarino oscuro, extrañamente hermoso* — expliqué a Solitario —. *Los Cutt eran hombres-pájaro de largas alas iridiscentes.*

*Ah* — suspiró Solitario —. *¿Eran aves? ¿Vivían en un lugar hermoso?*

*No creas* — añadí —. *Era un planeta inhabitable, vestigio de guerras y desastres naturales. Corría una ventisca terrible, de más de quinientos kilómetros a la hora, soplando en todas las latitudes. He visto en películas volcanes activos, rojas corrientes de lava solidificada y grandes fallas tajando su corteza. Era un lugar terrible, sí... Hermoso, también, si es lo que quieres saber, aunque a su manera. Naturaleza agreste y hermosa, adonde su pueblo, los Cutt se vieron forzados a huir: a la primera capa de la atmósfera, donde los vientos se estancaban, y construyeron allí ciudades-nido: Céfiro, Aura, Éter... Antiguas y hermosas capitales.*

*Que vosotros arrasasteis.*

*En efecto. Cuando llegamos, la civilización Cutt ya estaba en decadencia. Las ciudades-nido fueron fácilmente sometidas y convertidas en ruinas. De eso hace un par de siglos humanos. Luego hemos atacado otros muchos mundos, pero no hasta el punto de someterlos. No hasta la Tierra.*

Tras enumerar los últimos conflictos en los que nos habíamos visto envueltos, se hizo un segundo silencio. Por un momento dudé de que Solitario siguiese ahí, escuchándome.

*El otro día fui a buscarte al sótano* — pensé entonces, esperando que eso le hiciese reaccionar.

*¿Bajaste de verdad?*

*Sí. Pero estabas durmiendo y no quise despertarte.*

*Debiste hacerlo. Si hubieses hablado conmigo cara a cara ahora sabrías la verdad.*

*¿Qué verdad?*

Pero Solitario no contestó. No dijo más aquella noche a pesar de que seguí hablándole. Poco después decidí dejar aquel asunto para el día siguiente. Pero en cuanto me fuera posible iría a verle al sótano y sabría de qué estaba hablando.

*He recibido una petición firmada por un millón de tauridos traidores y animalistas. Aseguran que la humanomaquia es una forma de tortura. Les he respondido en estos términos: «Si la humanomaquia es tortura, yo digo: VIVA LA TORTURA»*

*(Albahío IV, Mariscal-presidente del Imperio taurido)*

## 5-CÓMO LIDIAR A UN HUMANO

Al día siguiente, descubrí que en la puerta del sótano había un candado láser. Mi padre no estaba en casa y nadie, ni mis hermanos ni la servidumbre, supo decirme el porqué.

*Es cosa de Tragabuches* — me explicó Zaina, mi madre —. *No te metas en sus asuntos. No sé la causa, pero le dedica mucho tiempo a ese muchacho. Se pasa horas en el sótano.*

Quizás hubiera descubierto que Solitario era telépata y quería ocultarlo. Aunque quizás fuera algo más terrible. Estando mi padre de por medio no se podía descartar nada. Algo preocupado acudí a la plaza de las Ventas, la antigua plaza donde los humanos habían practicado la tauromaquia. Ahora era el lugar donde maestros retirados de nuestro arte

enseñaban a los muchachos como yo la grandeza de nuestra propia y particular forma de tortura: la humanomaquia.

Aquel día, el maestro era mi padre en persona. Muchos de mis compañeros estaban emocionados de tener como profesor al más famoso de todos los artistas de la lidia, aparte de un matador aún en activo. Se trataba de una clase magistral.

*Por mucho que hayáis aprendido acerca de cómo lidiar a un humano* — pensaba Tragabuches —, *nunca sabréis bastante. No hay dos bestias idénticas que embistan de la misma forma. Los hay, más rápidos y más lentos, con mejor o peor visión, más bravos y más cobardes. Llamamos esquivos a aquellos que no atacan de frente sino que se desvían, inventan*

ardides o se refugian a la espera de nuestro ataque. Llamamos francos a los desesperados, a los más bravos, a aquellos que atacan tratando de asesinarlos. Es éste el mejor espécimen para la lidia porque son los que nos permiten desarrollar con galanura las suertes de la humanomaquia: van en línea recta, nos siguen en los engaños que hacemos con el capote y arrancan del público los mayores aplausos. Además, aseguran grandes trofeos al final de la faena.

El gran Tragabuches nos miró uno a uno a los ojos:

*Porque de esto trata la humanomaquia, de derrotar a la bestia sin hacerle perder su dignidad. El humano es feliz cuando embiste con gracia, resiste el castigo del picador y de los banderilleros, para morir finalmente de una certera estocada. Mientras agoniza, escucha los aplausos del público y ello justifica su existencia. Son seres que han venido a este mundo a sufrir con orgullo una muerte brutal en la plaza.*

En ese momento se escuchó un alarido y vimos a un humano que iba en dirección a Tragabuches. Los instructores lo habían sacado por una de las puertas, para que embistiera al matador. Los aprendices nos colocamos en los burladeros, viendo cómo el maestro sacaba su capote rojo y encendía el holograma. Pudimos distinguir a la familia del humano.

*A las bestias hay que recordarles que, si no cumplen, su familia sufrirá* — dijo, lanzando un poderoso pensamiento a nuestras mentes infantiles. Se pretendía que el humano no olvidase que debía dar un buen espectáculo para salvar a los suyos. Tragabuches añadió: — *Los hombres son muy bravos pero necesitan un pequeño acicate para atacar con la rabia debida, la furia que necesita el espectáculo.*

El más famoso matador de todos los tiempos nos asombró con una serie de verónicas. Mis compañeros temblaban de emoción ante aquella muestra de maestría sin igual.



El humano, a pesar de su fiereza, era un anciano de sesenta años, un hombre cansado al que no hizo falta restarle fuerzas con el picador o las banderillas. Tras unos capotazos embestía con la lengua fuera. Eso me hizo feliz porque he visto morir a más de un humano atravesado a banderillazos.

*Mi bisabuelo fue matador. Mi abuelo fue matador. Mi padre fue matador. Yo soy matador. Nada más es necesario añadir. (Verdugo IV, En el entierro de su padre el famoso diestro Verdugo III el Sanguinario)*

## 6-DE PADRES A HIJOS

*De pequeño, tampoco quería lidiar humanos* — me reveló mi padre —. *El abuelo me obligó, pero yo no voy a hacerlo.*

*Pues yo no quiero lidiar* — le informé, cruzándome de brazos y poniendo mi gesto más bovino de determinación.

*Me parece bien, Azabache.*

Mi padre compuso un gesto melancólico y me di cuenta de que, por mucho que me estuviera mirando, en realidad contemplaba otro lugar, atrás en el tiempo. Tal vez a un joven Tragabuches enfrentado a su propio padre. Me pareció que una parte de él me admiraba y, que esa parte, desearía ir atrás en el

*Ahora vosotros* — pensó Tragabuches.

Uno a uno, mis compañeros se perdieron en pases y quiebros indecisos. Obtuvieron a cambio la mirada cómplice pero satisfecha de Tragabuches y del resto de instructores.

*Ahora tú* — me ordenó. Y entonces se acercó al humano que, agotado, boqueaba en el centro de la plaza. Entonces, mi padre le lanzó, en lugar del pequeño cuchillo de dos puntas que se usa en las novilladas, una lanza muy afilada. Ahora me enfrentaba a una bestia que portaba un arma mortal.

—¡Ey, humano! — grité a través de mis cuerdas vocales mientras agitaba el capote.

La voz real es una gran falta de educación y de muy mal gusto entre los tauridos. Desde que desarrollamos la telepatía, ha sido proscrita. Se usa para llamar a los humanos en la plaza y en momentos de gran excitación, pero sólo durante la lidia. Fuera del mundo de la humanomaquia es tabú.

El anciano cargó con sus últimas fuerzas, el cuchillo en alto, la lengua fuera, resoplando. Sus gritos sonoros se fundían con los de Tragabuches, mis instructores y el resto de mis compañeros. Parecían todos una sola voz, emitiendo sonidos como las bestias, por las cuerdas vocales.

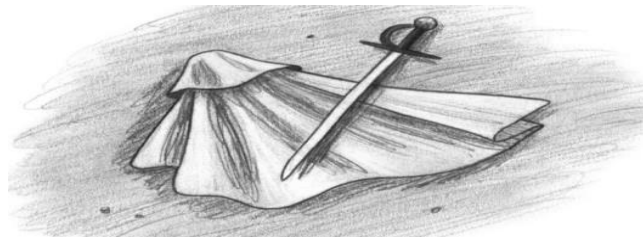
—¡Mátalo! — gritaban mis compañeros de clase.

Por alguna razón que nunca entenderé, dejé de mirar a mi adversario y bajé los ojos hacia mi capote que, en ese momento, reflejaba la terrible visión de una mujer desdentada junto a sus dos hijas, ya mayores, las tres muy juntas delante de una pared. Al fondo, un grupo de tauridos les apuntaban en formación de fusilamiento. Entendí entonces que no se trataba de metraje grabado sino de imágenes en tiempo real. El humano estaba obligado a batallar hasta la extenuación y la muerte. De lo contrario, vería a su familia morir en directo.

Qué gran espectáculo es la humanomaquia. Por supuesto, yo no tenía elección, como tampoco la tenía el humano. Nunca la tuvimos ninguno de los dos. *Aunque*, pensé para mis adentros, *yo pudiera cambiar mi destino, después de todo.*

—Lo siento, padre — dije, mirando a Tragabuches, y hablando sin pudor a través de las cuerdas vocales, lo que supe que aún le causaría mayor vergüenza.

Tiré mi capote y salí corriendo hacia el burladero. Desde allí alcancé la Puerta Grande y abandoné la plaza.



tiempo y enfrentarse al abuelo. Para decirle que no, que Tragabuches no quería ser matador. Pero todos sabemos que el oficio de matador es hereditario: insignes familias llevan dedicándose desde incontables generaciones a la lidia.

Sentí una punzada de lástima por mi padre, de pie frente a mí, absorto en el pasado. Así que decidí cambiar de tema:

*¿Por qué has puesto un candado en el sótano?*

Tragabuches despertó de su ensimismamiento. Estaba sorprendido. Enarcó una de sus cejas y torció el morro:

*Eso no debe preocuparte. Es cosa mía y de nadie más.*

*Pero yo quiero ver a Solitario — repuse.  
¿Solitario?*

No quería revelar que el humano era telépatas y que nos habíamos comunicado en secreto. Por una parte, le había dado mi palabra a Solitario. Por otra, sospechaba que mi padre ya lo sabía pero, ¿y si no era así? ¿Lo llevaría Tragabuches a la unidad científica? ¿Lo examinarían nuestros médicos para ver qué le hacía especial? De una cosa estaba seguro: si eso pasaba no se sabría nada, nunca más, de Solitario. Los sabios del Alto Consejo echarían tierra sobre el asunto y negarían la existencia de un humano capaz de usar sus ondas cerebrales. Mentirían por omisión. No dejarían que ningún general ni político que supiera del asunto declarase en público. Así, los otros tauridos no percibirían engaño. Los humanos son bestias sin alma, repetirían, como llevaban haciendo desde hacía siglos, acaso milenios, desde la primera vez que raptamos a un humano para asesinarlo en una plaza.

Imaginé a Solitario desmembrado en la facultad taurida de medicina, metido en frascos para muestras, ignorado su destino por el resto de ciudadanos de nuestro imperio.

*Le he puesto ese nombre al humano — le revelé por fin a mi padre —. Está tan solo que se me ocurrió y ya está.*

*El primer museo de la humanomaquia fue inaugurado en el año 9962 del Imperio Medio. En todos los planetas conquistados se ha construido un nuevo Museo, a imagen y semejanza del original en el planeta Tauri. No a nivel arquitectónico, pues los tauridos siempre han aprovechado las estructuras originales de los pueblos que conquistan. El concepto es lo que importa: explicar a través de un recorrido histórico por qué la lidia de humanos es un símbolo de nuestra raza. El dominador frente al dominado, el conquistador frente al conquistado. El telépatas frente al ingenuo, el matador frente a la bestia. La eterna lucha de la civilización frente a la barbarie.*

*(Breve Historia de los pueblos tauridos, Págs. 87 a la 88)*

## 7-EL MUSEO

Un par de meses terrestres más tarde mi padre me llevó al museo de la humanomaquia, que acababa de inaugurarse en el espacio que antes había ocupado un antiguo recinto humano muy famoso: el museo del Prado.

A lo largo de una sucesión de estatuas, cuadros de época y salas holográficas, el visitante tenía la génesis de la forma de arte más sublime del Nuevo Imperio taurido. Recuerdo la sala dedicada al Neolítico, una época de la historia humana durante la cual nuestras primeras naves llegaron a su planeta. No se sabe cómo comenzó la lidia pero sí que un taurido mítico llamado Asterión raptó a los primeros humanos y los llevó a nuestro planeta. Cuando las naves regresaron a casa, los fundamentos de la humanomaquia ya se habían planteado, pues en el trayecto fueron sacrificados los primeros humanos. Así comenzó la Fiesta y, al poco, nacieron las primeras ganaderías humanas y las empresas que apoyan el espectáculo.

Había otra sala dedicada a la época de los virreyes, la cuarta de las guerras civiles de los tauridos, al finalizar el Imperio Medio y antes del Nuevo Imperio actual. Durante la época de los virreyes, correspondiente a la edad del hierro humana, se intentaron establecer en Tauri ganaderías independientes. Dejaron de raptarse humanos y se reproducían en cautividad. Pero, poco a poco, las reses fueron perdiendo fuerza y bravura. Quedó claro que el mejor humano para la lidia es el capturado en su planeta natal.

En la sala de los jinetes fui testigo de la mejor época de la humanomaquia, cuatro siglos humanos atrás. En esa época, los nobles tauridos raptaron también caballos y los montaban para entablar un juego de astucia y habilidad contra la bestia. Los nobles vestían ropas de gala y los caballos llevaban hilos de plata en las crines. No se mataba al humano y la lidia alcanzó mayores cuotas de belleza. Sin embargo, terminadas las guerras civiles y la época de los virreyes, triunfó el torero de a pie, una forma mucho más salvaje, que siempre culminaba con la muerte del hombre. Además, antes de matar al animal se procedía a picarlo y banderillarlo. Se dice que el inicio de esta

práctica fue casual, pues a veces los caballeros debían descender del caballo para terminar la faena: fuera por lesión de su montura o para mostrar mayor valentía. Esta costumbre fue poco a poco extendiéndose. Llegó el día en que prácticamente desapareció la costumbre de montar a caballo. Aún sigue existiendo en algunos planetas del centro del imperio, pero es una práctica que se extingue poco a poco.

En las salas del museo que encontré a continuación, se mostraban imágenes de nuevos raptos de humanos durante sus épocas históricas llamadas edad media, moderna y contemporánea. Asimismo, en cada sala, había un espacio dedicado a un arte paralelo que desarrollaron los humanos: la tauromaquia. Desde la antigua Creta, donde tuvo lugar el primer raptos de los humanos, hasta la actualidad, los hombres, acaso en represalia a nuestro “arte”, comenzaron a lidiar al animal de la tierra más parecido a los tauridos que los sometían a la esclavitud. Así, el toro, un hermoso ser con el que genéticamente aún se está discutiendo nuestra relación, comenzó a ser lidiado por los humanos de una forma macabra e idéntica a la que nosotros desarrollábamos en nuestro planeta. El universo está lleno de este tipo de ironías. Aunque, probablemente, algunos humanos debieron huir después de haber sido testigos de alguna de nuestras lidias en la propia Tierra. La historia corrió de boca en boca, construyendo las bases de un deporte bastardo, el torero, que no es sino copia del elevado arte de la humanomaquia.

Finalmente, en los últimos años del siglo XX y primeros del siglo XXI, la tecnología humana comenzó a ponernos en problemas. Desde siglos antes, realizábamos nuestros raptos a escondidas, pues habíamos encontrado resistencia de los lugareños. Pero llegó el momento en que era imposible raptar a un grupo de cien humanos sin llamar la atención. Además, los hombres infestaron la órbita de la Tierra con satélites, y desarrollaron misiles, armas nucleares... en fin, una tecnología que, aunque muy inferior, les bastaba para asesinar a muchos

Mi padre apartó sus pezuñas de mi hombro, se dio la vuelta y abandonó mi habitación dando un portazo.



de nuestros compatriotas. Sólo era cuestión de tiempo que un día derribaran una de nuestras naves.

Nos llamaron extraterrestres, a nuestros orbitadores platillos volantes e inventaron toda una mitología en torno a lo que éramos y para qué veníamos a la Tierra. Por entonces, las corporaciones de la humanomaquia en Tauri sólo estaban interesadas en capturar de forma rápida y eficiente humanos para la lidia, pero los humanos siguieron elucubrando todo tipo de teorías acerca de nuestras intenciones reales.

Los tauridos somos un pueblo simple: conquistamos, matamos, morimos, amamos y lidiamos a ganado humano bravo en nuestro tiempo libre.

En la última sala se veía un cuadro del Mariscal presidente Albahío IV en la famosa reunión del Alto Consejo taurido del año 30.000, aquella en la que se decidió atacar a la Tierra y someterla. Había ya demasiados intereses creados en torno a la humanomaquia. Mucho dinero en juego: los grandes ganaderos estaban cansados de gastar cifras exorbitantes en naves camufladas con las que raptar a humanos. En más de una ocasión habíamos sido atacados por armas antiaéreas. Una de nuestras naves fue derribada en el área 51, una base militar americana cerca de California. En el último momento, los operarios consiguieron volver a poner en funcionamiento los motores y pudimos huir; pero dos tauridos murieron en el incidente y sus cuerpos se perdieron en la Tierra. Aquello puso en funcionamiento una serie de acontecimientos que condujeron a preparar nuestra ofensiva.

Justo en la salida del museo lanzaba destellos un holograma del planeta que una vez fue dominado por los hombres: La Tierra. Se mostraba como era en la actualidad: las ciudades arrasadas, los múltiples avances tecnológicos e infraestructuras que se estaban instalando a medio construir, los colonos tauridos que lo estaban ya repoblando, colonos como nosotros, como Tragabuches y su familia.

*El ganado humano no es mejor que nosotros. No confundas ingenuidad con bondad* — me dijo entonces mi padre, que había dejado sus ondas cerebrales en silencio durante toda la visita al museo —. *Si pudieran, nos lidiarían como han hecho durante siglos con los toros. Nosotros somos la especie dominante y es mejor así porque si no, lo serían ellos. Azabache yacería en un sótano comiendo sobras. Como ese humano al que has bautizado como Solitario.*

El museo también disponía de unas salas anexas dedicadas a los grandes diestros de la historia de la humanomaquia. En este caso, se ordenaban del presente hacia el pasado. Así que la primera sala estaba dedicada al mismísimo Tragabuches, al que los críticos consideraban de forma unánime el más grande de todos los tiempos, sencillamente el más grande diestro y matador de humanos que nunca había existido. Su lidia, decían, era revolucionaria y marcaba un antes y un después en la historia de nuestro arte supremo. Destacaba la forma expresiva de citar a la bestia, la muleta detrás, o la belleza estética de todos sus lances. Sobre todo, la maestría a la hora de matar, sin rehuir el arma que el humano llevara en la mano, lanzando la estocada tan cerca del peligro que había sido herido al menos en treinta ocasiones.

También había una estatua con mi padre ejecutando la suerte de matar. Y una placa en su base que rezaba: TRAGABUCHES, EL TAURIDO MÁS GRANDE DE LA HISTORIA DE NUESTRO PUEBLO.

Un poco más allá, encontré hologramas de sus más grandes triunfos en Alfa Centauri, pero también imágenes de su infancia, de mi abuelo, el también matador Verdugo IV... de toda nuestra estirpe. Mi padre paseaba entre aquellas imágenes inspirando de forma sonora y expirando lentamente, con una mezcla de orgullo y de nerviosismo. Debe ser terrible ser tan admirado por todo el mundo como lo era el pobre Tragabuches.

Ser tan grande en vida que no puedes relajarte jamás y ser un taurido cualquiera.

*La lidia es un arte maravilloso* — pensó entonces mi padre, pero su voz temblaba y sonaba falsa.

*A mí no me gusta* — le interrumpí.

*Hablas igual que esos animalistas, defensores de los humanos que...*

*Tal vez lo sea, padre. No me gusta que gente como tú torture a esos seres bellos e indefensos en la plaza.*

—¿Indefensos? — bramó.

Tragabuches temblaba, los ojos enrojecidos. Vi que levantaba la pezuña derecha. Nunca me había pegado y pensé que sería la primera vez. Pero el gran matador bajó su poderoso brazo, se dio la vuelta y abandonó el museo a grandes zancadas. Me quedé solo en medio de aquellos hologramas que globaban la grandeza de un hombre al que yo veía diminuto. Pasaron las horas y fue vaciándose el museo. Yo vagaba entre aquellas estancias. En un momento dado, regresé de nuevo a la sala que homenajeaba a mi padre. Había anochecido. Me hallaba ante la estatua de tamaño natural de Tragabuches. Le vi clavando la espada en el pecho del humano durante su famosa corrida en la constelación de la Cruz del Sur. Se llevó las dos orejas, los dos brazos y una de las siete piernas de humanos que teníamos colgadas en la sala de trofeos. Era su corrida más recordada.



Me di cuenta entonces que millones de tauridos amaban aquel espectáculo malsano y que yo, de alguna forma, les estaba traicionando. Pero no podía evitar hacerlo. Porque mi corazón me decía que aquello no estaba bien. Entonces oí una voz a mi espalda.

—Hola.

Me volví. Era un humano muy anciano de pelo blanco y facciones arrugadas. Me había hablado a través de las cuerdas vocales, por supuesto, porque es como lo hacen todos los humanos a excepción de Solitario.

—Me llamo Vorbe Wusste — añadió el humano.

—Yo soy Azabache — repuse, algo sorprendido por el atrevimiento de aquel desconocido.

Pero el humano se limitó a sonreír. Era una mueca contagiosa, la de alguien que sabe qué hacer y cuándo. Alguien que maneja su destino. Alguien que, desde luego, no se parecía a ninguno de los humanos que yo había conocido. Así que le devolví la sonrisa.



*Mientras siga habiendo humanos, la Fiesta seguirá. Es así de simple. Porque es nuestra decisión y nuestro derecho lidiar a esas bestias hasta el fin de los tiempos. Nada ni nadie podrá impedirlo.*  
(Jijón, el Pelirrojo, Joven matador de Humanos contemporáneo a Tragabuches)

## 8-LIBRE ALBEDRÍO

Vorbe era, pensé entonces, un humano que hacía de guía de las costumbres de su pueblo entre los visitantes tauridos. Me extrañó su aplomo. Los humanos eran una raza vencida que a menudo bajaba los ojos en nuestra presencia. Pero aquel hombre me contemplaba con la indiferencia de aquel que ha visto tantas cosas...

—Mi padre me ha dejado solo — le revelé.

—Seguramente no le ha gustado algo que le has dicho. ¿No es así? Los adultos son a veces muy susceptibles.

—Puede que tengas razón. O talvez lo que pasa es que a los mayores les gusta que tengamos un punto de rebeldía pero que, al final si nuestra rebeldía nos lleva lejos de la norma, ya no resulta divertida. Entonces, estamos equivocados. El libre albedrío debe conducirnos a las mismas conclusiones a las que llegaron ellos. De lo contrario, somos unos inconscientes.

Vorbe se limitó a sonreír. Hablamos el humano y yo largo rato del libre albedrío y de que los padres tauridos enseñan a sus hijos a amar la humanomaquia porque es lo que les enseñaron a ellos. Otro círculo cerrado de causas y efectos.

—Eso no es libre albedrío. Sólo lo parece — dijo Vorbe.

Mientras hablaba, yo estaba pensando en los ojos de mi padre hacía unos minutos: llenos de ira. Me hallaba ensimismado en aquel recuerdo cuando Vorbe añadió:

—Estamos en un universo de apariencias. La tauromaquia se parece a la humanomaquia porque son la misma cosa. Tu falta de libertad es la falta de libertad de aquellos que creen amar una cosa sólo porque les han enseñado a amarla. Tú eres el espejo de muchos niños humanos que no fueron libres para odiar algo que en esencia es odioso.

—Puede que tengas razón.

—La tengo, porque, Azabache, estamos condenados a seguir las normas o a enfrentarnos a los adultos.

Entonces miré al humano con detenimiento. Ahora estaba seguro: Vorbe no me tenía miedo, como el resto de su especie. Me miraba con unos ojos tristes, llenos de amargura.

—No hay otro camino — reconocí —. Hay que rebelarse o seguir el camino trillado. Yo no quiero seguir ese camino. Porque sé a dónde conduce: a asesinar a humanos en una plaza y a tener una maldita estatua como la de mi padre en un museo de los horrores como éste.

*Desde hace miles de años los tauridos practicamos la humanomaquia. Forma parte de nuestra idiosincrasia, de lo que somos. Es nuestra Fiesta, la celebración de la vida a través de la muerte. La pintura, la escultura, la literatura, han inmortalizado la grandeza de nuestro arte y de sus matadores durante generaciones. Aquel que se opone a la humanomaquia, se opone a nuestro imperio.*

(Berrendo, Gran Patriarca de la Iglesia taurida)

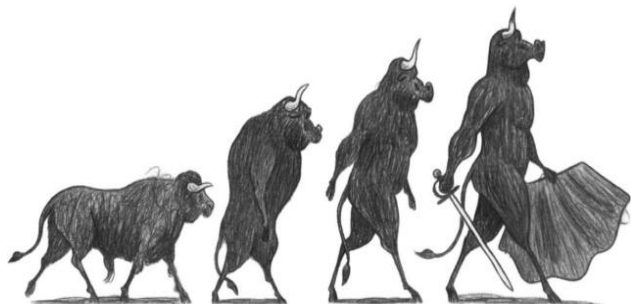
## 9-EL DESTINO DE AZABACHE

Vorbe Wusste me enseñó algunas salas del museo que, durante mi anterior vagabundeo, aún no había descubierto.

Había una pequeña estancia dedicada al uro, el antecedente del toro bravo que lidiaban los humanos en la tauromaquia. Yo había leído algo respecto a ese animal porque existían estudios que ligaban nuestra raza al uro. De tal forma que, tanto nosotros los tauridos como el toro de la Tierra, seríamos descendientes lejanos de ese animal.

Hasta el presente, los análisis genéticos habían rebatido esta tesis. Pero persistían rumores que ponían en duda la seriedad de estos análisis, como si la gente del Alto Consejo taurido quisiese mantener en secreto que descendíamos del uro. Sin embargo, tener secretos en una sociedad de telépatas es muy difícil por lo que era más que probable que realmente no tuviésemos ninguna relación con aquella bestia primitiva de la tierra. Aunque es bien cierto que los tauridos sólo compartimos palabras vía ondas cerebrales. No podemos mentir directamente pero podemos mentir por omisión. Y eso, a los políticos, humanos o tauridos, se les da muy bien.

Así que talvez sí haya una línea evolutiva desde los primeros bovinos hasta los tauridos, y finalmente hasta la máxima expresión de nuestra raza: el matador de humanos.



Seguimos la visita y, gracias a las palabras de Vorbe Wusste, comencé a entender algunos hechos de la historia de la Tierra: desde la Prehistoria, con el uro, hasta el Neolítico, durante nuestro primer encuentro con los humanos en Creta, pasando por los juegos con los toros en la antigua Roma.

Era extraño tener una conversación a través de las cuerdas vocales y, a menudo, me tapaba la boca y miraba en derredor, avergonzado, pues tenía presente que es de mal gusto hablar por voz para nuestro pueblo. Pero el museo estaba a punto de cerrar y yo era el último taurido que caminaba por sus salas.

Me llamé la atención un holograma que representaba el enfrentamiento entre un hombre y un toro. Habíamos entrado en la Sala de los Espejos, centenares de ellos colgando del techo a modo de lámparas. Y en cada uno había una imagen de un momento del pasado de la raza humana. Las imágenes no siempre estaban en relación con los tauridos. Eran una memoria del planeta recién conquistado. Una forma de preservar la historia de la especie antes de su aniquilación.

Descubrí un retazo del pasado que me llamó la atención. No era posible. Volví a mirar la imagen, anonadado.

—¿Eres tú?

Vorbe sonrió y no dijo nada.

—Se te parece ¿Es un antepasado? — le dije, mientras de nuevo observaba el holograma, que había sido captado en la edad antigua, durante el culto de Mitras, una de las primeras interacciones entre humanos y bovinos de las que se tiene memoria. Me llamaron la atención sus ropajes modernos, que eran los mismos a los del hombre que me estaba hablando.

—¿Crees que soy yo? Uno puede ser varias personas...

Aún estaba intentando comprender el significado de sus palabras cuando el espejo cambió. Mientras la bruma del tiempo engullía la primera imagen, yo daba vueltas a aquel suceso que había tenido lugar hacía miles de años. Por lo tanto,

Vorbe no pudo estar presente. Esto era un hecho, ¿no es verdad? Pero entonces el espejo me mostró otra imagen.

—¿También estuviste ahí? ¿Eso no es el siglo XVII de la historia de España?

—La verdad es que soy yo. He estado en muchas partes. Y una de ellas fue la corte de Felipe IV. Eso que estás viendo es un cuadro muy famoso.



Me quedé en silencio. Sabía bien que los humanos podían mentir con la palabra. Una de las cosas que les hacían inferiores a los tauridos para los adultos de mi pueblo.

—¿Cómo era aquella época?

—Una época terrible pero también maravillosa.

Un espejo comenzó a transformarse. Mostraba la imagen de Hitler, uno de los dictadores humanos. A su lado otro dictador llamado Franco, y detrás de ellos... ¡No podía ser!



—Si ese hombre eres también tú... has estado "realmente" en muchos lugares.

Miré los hologramas de al menos cien épocas históricas. El museo apagó las luces. Pero aún en la oscuridad pude distinguir a Vorbe en al menos otras tantas épocas distintas.

—Has estado en muchos momentos — añadió.

—He dedicado un par de días a viajar al momento en que tu pueblo filmó desde sus naves estas escenas que hoy son hologramas. Vestido como estoy ahora, igual de anciano que ahora. Quería que supieras que no te miento.

No sé por qué, pero no tenía miedo. Sólo curiosidad.

—Eres un viajero del tiempo.

—Un viajero cansado, solamente.

Tardé en convencerme, mirando holograma a holograma. No tardé en darme cuenta de que se trataba sin duda del hombre que tenía delante mí. Y, como él mismo me había revelado, tenía en todos los casos la misma edad; y el pelo cortado de la misma forma, los ojos e idéntica mirada de hastío. Aquel humano había ido saltando en el tiempo a través de la historia, hasta llegar al presente, sólo para que yo supiera que no era un farsante, que era de verdad un viajero del tiempo. Aquel hombre decía la verdad.

—Eres un viajero del tiempo. No cabe duda — dije, sorprendido y aún dudando pese a afirmarlo por segunda vez.

—No exactamente. Estoy en los momentos decisivos de la historia de este planeta por razones que escapan a tu comprensión y a la mía. No soy importante, pero llevo mucho tiempo haciendo esto. En ocasiones el hombre no ha sido importante en la ecuación y hasta ahora no lo habían sido los tauridos. Pero esta vez hombres y tauridos compartís destino.

—¿Pero qué destino es ése?

—Yo sólo vengo a observar. No puedo intervenir, no quiero ni puedo juzgar. El destino es aquel que tenga que ser.

—¿Por qué estás hablando conmigo? ¿Soy una pieza de ese destino? ¿Una pieza importante?

—Tú eres la pieza. El destino será lo que tú quieras que sea, Azabache.

*Yo declaro a la humanomaquia patrimonio histórico cultural del pueblo taurido y bien inmaterial de nuestra raza. Esta proposición de ley es lo más importante que he hecho en toda mi carrera política.*

*(Caprote, Vigésimo Quinto Mariscal-Presidente del Imperio taurido y antecesor de Albahío IV, el actual)*

## 10-JUSTICIA POÉTICA

El antiguo museo del Prado era enorme, organizado por los tauridos como un laberinto inacabable. Además, aún me deparaba una última sorpresa. Un recuerdo de aquel día en que desembarcamos en la Tierra y matamos a la familia de Solitario. Alguien de nuestra sección de asalto había tomado imágenes y el museo las había convertido en holograma. Así pude revivir el momento en que Tragabuches asesinó a una familia en una playa. Para mi sorpresa, descubrí entre la gente a Vorbe Wusste. Miraba a la cámara: sabía que le estaban grabando. Dibujé aquella imagen para que no se me olvidase su gesto, para comprender mejor esa mirada de hastío infinito.



Repasando mis dibujos, me di cuenta de que ya había

dibujado a Vorbe cuando retraté a la familia que mi padre asesinó en la playa. Aquel primer dibujo que hice para Solitario.



—Tú que eres un observador y has estado en todas partes — le dije entonces al anciano —, dime qué sentido tiene la humanomaquia, dime qué nombre le darías a esa matanza de humanos que perpetran asesinos como mi padre.

Vorbe se volvió hacia los espejos que seguían reflejando imágenes del pasado de la Tierra. Suspiró. Mientras esperaba una respuesta comencé una nueva ilustración en mi cuaderno. Porque dibujar siempre ha serenado mi alma pero mi corazón

rebotaba de ira, una vez más. Así que lo que el lápiz quiso mostrar fue a Tragabuches vestido de luces, preparado para una faena en la plaza. Aquella imagen terrible me llenó de culpa, porque mi pueblo había olvidado evolucionar y seguía anclado a aquella "fiesta" infame, propia de tiempos antiguos.

Finalmente, la voz de Vorbe se escuchó clara, profunda:

—Antes de que llegaseis a este planeta, los humanos en España y otros países, llevaban siglos torturando a los toros bravos y llamando a eso cultura, arte o Fiesta. Yo no sé qué nombre dar a las matanzas que los tauridos hacéis con los humanos. Pero sé lo que los toros, de tener el don del habla, dirían de vuestra lidia de humanos: yo sé cómo la llamarían.

Enarqué una ceja, un gesto que he heredado de mi padre.

—¿Cómo la llamarían?

Vorbe Wusste suspiró de nuevo:

—Llamarían a la humanomaquia... justicia poética.



### **TERCERA PARTE: AZABACHE, EL GRANDE**

*OFERTA PACK PEQUEÑO TAURIDO MATADOR: Incluye muleta de infante, estaquillador para sujetar la muleta y unas banderillas de punta roma. De regalo, a los primeros cien compradores, una maravillosa careta de humano para que los amiguitos de tu hijo puedan embestir cómodamente en tu jardín. Sin peligro. Sin accidentes iniciales en la Fiesta. Tus hijos te lo agradecerán. ¡Talvez tengas sin saberlo al futuro Tragabuches en tu casa!*

*(Anuncio de unos grandes almacenes en la capital de Tauri)*

#### **11-MENSAJE EN UNA BOTELLA**

**(2077, según el calendario de la Tierra)**

No sé exactamente cuánto tiempo pasó. Tal vez un año. Fueron tiempos de un entrenamiento intensivo, de prepararme en mi grupo de asalto para las guerras futuras del noble pueblo taurido. Me olvidé de Vorbe Wusste y de aquella extraña velada en el Museo del Prado. Tal vez fuera un sueño, un delirio de mi imaginación. Por otro lado, mis conversaciones con Solitario se fueron espaciando. Un poco porque yo pasaba casi todo el día fuera de casa, otro poco porque Solitario se había vuelto más introvertido y no me respondía. Yo, de cualquier forma, notaba su presencia. Más de una vez me pareció enfadado, y creo que era conmigo. Me decía que yo le estaba engañando, que aquella familia que le había dibujado no era la suya. Otras, insistía en que debía bajar a verle y descubrir la verdad. Cuando yo le recordaba que mi padre había puesto un candado en la puerta del sótano y no podía ir a visitarle aunque quisiera, Solitario se echaba a reír de una forma extraña, como enajenada. Comencé a pensar que, en efecto, el encierro le estaba haciendo perder la razón.

En una ocasión percibí un sufrimiento enorme golpeando el corazón del niño. Yo estaba en mi cama repasando los manuales de batalla y aquella emoción me alcanzó con tanta fuerza que uno se me cayó. Me atreví a hablarle, esperando que respondiese, porque últimamente no lo hacía casi nunca:

*¿Qué te sucede? — pensé.*

No hubo respuesta como me había temido. Al contrario, sentí que el dolor de Solitario se hacía más grande, tanto que por fin pude entender de qué emoción se trataba: era la culpa. Un sentimiento de culpabilidad tan inmenso que todo cuanto sucedía a su alrededor no tenía importancia. Ni las cadenas, reales o imaginarias, ni el verse encerrado en un calabozo.

*¿De qué te puedes sentir culpable, amigo? Tú no has hecho nada. Tú no eres culpable de nada. Han sometido a tu pueblo, te han condenado a la esclavitud. Eres una víctima.*

Pero mis torpes palabras no eran capaces de detener el dolor del pequeño. Sus ondas cerebrales se hicieron más nítidas, pero aun así las notaba diferentes de las de un taurido. Sentí que sollozaba y lágrimas humanas de empatía regresaron a mis propios ojos.

*Siento no tener más tiempo para estar contigo — susurré —. Bastante defraudada está ya mi familia por no querer dedicarme a la lidia. Si abandono mi grupo de asalto sería una vergüenza absoluta para ellos. Incluso mi abuelo está a punto*

*de llegar del planeta Tauri porque dice que mi padre no sabe educarme, que le necesitamos para que yo vaya por el camino recto. — Meneé la cabeza, contrariado — Así que paso mis horas en el campo de entrenamiento o aquí estudiando. Por eso no me comunico contigo tan a menudo como querría. Además, tú rara vez respondes y...*

Se hizo el silencio. Mi propia voz se extinguió. El llanto de Solitario había desaparecido y su dolor también. Porque había cortado la comunicación. Había puesto una barrera entre nosotros. Su dominio de la telepatía era cada vez más profundo. De cualquier forma, fui incapaz de sentir su presencia en toda la noche y finalmente me dormí.

Por la mañana no acudí al campo de entrenamiento, como era mi deber, y me fui a pasear a la playa. Cogí un pequeño aerodeslizador y avancé hasta el mar, hasta el pueblo de pescadores que una vez había sido el hogar de Solitario.

Todo estaba en ruinas, no quedaba apenas ni el recuerdo del mundo de los humanos. Los supervivientes vivían hacinados en granjas: las mujeres dedicadas a la reproducción y los hombres esperando el momento de salir a la plaza y ser lidiados por grandes matadores como Tragabuches.

Aparté mis ojos de las ruinas de ladrillos y cemento de la antigua casa de Solitario. Miré hacia el mar y me dejé llevar por el vaivén de las olas. En la cima de una de aquellas olas vi un pequeño objeto de vidrio que se deslizaba entre el burbujeo y luego caía en la arena blanda. Me acerqué andando hasta el lugar y descubrí una botella de cristal, una de esas que usaban los humanos para beber antes de que llegásemos los tauridos. Me llamó la atención que estuviese cerrada con un corcho pero que no contuviera un líquido en su interior si no porción de papel. Un pedazo bien enrollado que no podía ser fruto de la casualidad.

Tardé un buen rato en sacar el corcho y deslizar el papel hasta la boca de la botella. Pero cuando lo conseguí, pude leer su contenido: "Mando este mensaje por si aún queda algún ser humano libre en alguna parte. La Tierra ha sido invadida por una raza sanguinaria. Mi marido ha muerto lidiado por un extraterrestre asesino. Mi padre y mis hermanos murieron defendiendo nuestra ciudad. Mis hijos partieron también a la batalla y no han regresado tras nuestra derrota. Me llamo Mara y estoy sola cerca de la playa del Albir, en Alicante. Si queda alguien libre, con vida, le pido que venga a buscarme".

Encontré el cadáver de Mara entre las ruinas de la casa de Solitario después de un par de horas de búsqueda. Había fallecido de inanición y de pena, esperando que alguien leyera su mensaje en la botella, sin saber que la botella viajaba dando círculos para regresar a la playa. Seguramente sería una vecina de Solitario, incluso alguien de su familia. Poco importaba ya. Tomé la hoja que aquella mujer desesperada había escrito y dibujé un día tranquilo en aquel pueblo de pescadores, un día de sol en el que ningún problema acechaba y en el que los

hombres no habían de temer la llegada de los lidiadores de humanos, ni de los grandes ganaderos potentados que controlan el negocio del humanomaquia.

Un día de felicidad, un día de libertad. Luego puse junto al dibujo la nota de Mara y los metí enrollados en la botella, que cerré con el tapón de corcho. Lancé la botella al mar, que no tardó en devolverla a la playa. Es inútil resistirse a la corriente del tiempo, circular como aquellas aguas, eterna en su ruina. Desolado, me alejé camino de mi aerodeslizador.

*Si una viga de tu casa se tuerce, la tienes que enderezar. Si uno de tus hijos se tuerce, o no quiere ser matador de humanos, lo mejor es coger la viga y darle en la cabeza. De esta forma matas dos pájaros de un tiro: enderezas la viga y, de paso, enderezas al pequeño.*  
(Verdugo III el Sanguinario, Declaraciones a la revista "El matador taurido", año 28700)

## 12-EL CORDERO DEL SACRIFICIO

Mi abuelo llegó pasado un mes humano en una gran nave nodriza junto a cien mil nuevos colonos que debían repoblar la Tierra. Era un hombre taciturno, algo encorvado, pero que todavía conservaba el aplomo de la juventud. Aunque lo que realmente destacaba en él era su mirada. Una mirada fija, capaz de atravesarte de un lado a otro con sólo proponérselo.

Entró en nuestra casa como una furia. No saludó a mi madre ni a mis hermanos; se limitó a entrar en el estudio de Tragabuches para encararse con él:

*Eres una vergüenza* — pensó con tanta intensidad y rabia que me hizo dar un respingo aunque me hallaba en mi propia habitación, en el lado contrario de la casa —. *Una vez más, me estás abochornando con tu conducta.*

Nadie puede escuchar las conversaciones privadas de un taurido. Aprendemos desde niños a poner barreras, y los extraños perciben rumores. Pero mi abuelo no se preocupó en poner obstáculos a la recepción. Tal vez quería que el resto de los habitantes de aquella casa supiésemos de qué hablaban.

*¿Vergüenza?* — repuso mi padre, de una forma tranquila con la que trataba de esconder su angustia — *Por suerte, el resto de nuestro pueblo no piensa como tú. Me tienen como ejemplo de las más elevadas virtudes y de...*

*¡Tonterías y paparruchas! Eres débil, siempre lo fuiste. No entiendo cómo puedes ser un matador de humanos tan extraordinario siendo tan frágil en la intimidad.*

Pude sentir en ese instante una frase que mi padre nunca llegó a lanzar. Tragabuches veía más allá de la ironía de su triunfo como matador. Veía más allá porque el abuelo era un hombre fuerte pero un maestro mediocre en el arte de la lidia, probablemente el menos reconocido de nuestra estirpe. Mi padre iba a echárselo en cara pero prefirió hacer una pausa y esperar a que el abuelo prosiguiese con su aserto:

*Nunca te perdonaré que no siguieses la tradición familiar y cambiases tu nombre de matador por esa estupidez de Tragabuches. Pero eso pasó hace ya mucho tiempo. La herida se ha cerrado. Lo que no voy a permitir es que tu primogénito varón abandone la tradición familiar.*

Mi abuelo era conocido en el mundo de la humanomaquia como Verdugo IV. Era hijo de un matador famoso en su tiempo, Verdugo III El Sanguinario. Había esperado que su hijo se convirtiera en Verdugo V y así continuar con la estirpe. Pero mi padre, decidió llamarse Tragabuches. El nombre de un torero humano que se hizo bandolero. Un rebelde. Nadie entendió la decisión de mi padre, acaso él tampoco. Tal vez la explicación fuera tan sencilla como que Tragabuches no quería ser otro Verdugo. Pronto descubrí que era ésta, en efecto, la verdadera explicación.

*No quería ser otro Verdugo más de esa lista, por eso no tomé el nombre familiar* — explicó Tragabuches —. *Yo no soy como vosotros. Por eso entiendo que Azabache no quiera ser Tragabuches II y no quiera ser matador de humanos. Es*

*su decisión. Aunque no la comparta, es su decisión.*

*Yo quiero que tu hijo sea un grande de la humanomaquia.*

*Pero él no quiere serlo. No creo que puedas convencerle.*

*¡Tonterías y paparruchas!*

Comprendí que, tarde o temprano, me llamarían para formar parte de aquella discusión. Estaba en mi habitación estudiando las primeras lecciones del día y decidí que era el momento de abandonar mis tareas. Mejor me iba a dar una vuelta por Nueva Madrid. Así que bajé subrepticamente las escaleras y salí. Las ondas cerebrales de mi abuelo eran tan violentas que tardé casi dos calles en dejar de oírlas. Pero de todas formas seguí caminando, lejos, lo más lejos que pude de su pretensión de convertirme, pese a todo, en un torturador, en un verdugo de nuestra estirpe de verdugos.

No volví hasta la madrugada. Pero, para mi desgracia, mi abuelo me estaba esperando. En la oscuridad. Listo para convencerme. O, por lo menos, para intentarlo.

*Me han dicho que no quieres lidiar humanos.*

*No quiero, abuelo.*

*¿Por qué?*

—La onda cerebral de Verdugo carecía en ese instante de la furia que yo había sentido durante su conversación con Tragabuches. Me miraba con el ceño fruncido y el morro caído, tratando de entender algo que desde su mentalidad era totalmente imposible: un taurido que no quería ser matador.

*Considero que lidiar humanos en una plaza es una forma de tortura y no un arte. Creo que la humanomaquia es el suceso más abyecto de toda la historia de nuestro pueblo.*

Verdugo se quedó boquiabierto, mirándome con ojos desorbitados. No pudo decir nada, tal era su estupor. Luego fue hasta su habitación y regresó con una foto-holograma.

*Aunque no lo creas, una vez fui un niño como tú. Tampoco quería matar animales humanos u otra bestia. Mi padre trajo de su viaje a la Tierra este animal que ves conmigo en el holograma. Un ser conocido como cordero. Me lo regaló cuando cumplí cinco años y fue mi compañero inseparable hasta los ocho, hasta el día en que Corderito murió.*



*¿Qué le sucedió?* — pregunté.

*Mi padre me ordenó ejecutar con mi estoque de matador a mi animal de compañía.*

*¿Y tú le obedeciste?*

*Por supuesto, era mi padre. Pero aquel día dejé de ser un niño y me convertí en un adulto. Comprendí que mi padre me había enseñado una valiosa lección. Al matar a mi mejor amigo se endureció mi corazón y dejé de ser un crío que llora por los rincones. Era por fin un adulto. La humanomaquia es la expresión máxima de lo que es nuestro pueblo: una raza de supervivientes, una raza que mata a los inferiores por su carne, por divertimento, por estética o porque nos da la gana. Nosotros somos los amos y eso es lo único que importa.*

Miré a mi abuelo a los ojos. Advirtió en los míos un rastro de lástima. Ví con cierto placer que volvía a estar boquiabierto.

*Entre los matadores de humanos la estirpe más brutal y sangrienta es la de los Verdugo. Pero esto no es lo habitual. Tanto los maestros de la lidia como los ganaderos suelen ser respetuosos con la raza del hombre. Existe una simbiosis entre hombre y taurido similar a la del hombre y el toro en la tauromaquia. Pero del respeto nada sabían los Verdugo. Además, la palabra simbiosis no estaba en su vocabulario.*

*(Gran Enciclopedia de la humanomaquia)*

### 13-EL SECRETO DE SOLITARIO

Mi abuelo oyó hablar a sus nietos del niño humano del sótano y decidió que era el espécimen ideal para convertirme en un Verdugo. Decidió que, si yo era capaz de lidiar a aquel niño humano al que me sentía tan unido que hasta le había puesto un nombre, mis miedos a la humanomaquia y a la tortura desaparecerían. Pero no pudo entrar en el sótano. Tragabuches había puesto tal cantidad de nuevos candados y sistemas de seguridad que no fue capaz ni a golpes de penetrar allí. Además, mi padre se había marchado a impartir una de sus clases magistrales y no se hallaba en la vivienda.

*Si es necesario llamaré a un cerrajero* — estaba diciéndole Verdugo IV a mi madre cuando regresé a casa. Había pasado la noche con un amigo de la escuela, intentando huir de mi destino. Pero nadie puede huir de su destino.

*Hoy lidiarás a un humano aunque sea la última cosa que haga en esta vida* — me advirtió mi abuelo mientras golpeaba la puerta del sótano con sus pezuñas arrugadas.

Salí de nuevo a la calle, dispuesto a huir. Pero de pronto me sentí sin fuerzas. Caminé hasta el jardín y me senté en una glorieta que imitaba antiguos estilos arquitectónicos humanos. De nada servía huir porque, tarde o más temprano, mi abuelo me obligaría a vestirme de matador y convertirme en un miembro más de nuestra ilustre familia de asesinos.

Me senté a leer uno de mis libros de historia, intentando olvidar la realidad. Soñé que era uno de los grandes tauridos del final del Imperio Medio, héroes que dieron la vida por nuestra raza. Poco después del año 21 mil de nuestra historia. Se dice que Carinegro, que unificó a nuestro pueblo al final de la época de los virreyes, odiaba la humanomaquia. Es sólo un rumor y no se hace referencia en los libros, pero me pregunto cómo sería un Presidente-filósofo, un taurido justo, alguien diferente de esos Mariscales corruptos que nos gobiernan. Porque todos saben que sirven a los ganaderos que organizan los espectáculos de la humanomaquia.

Carinegro dio su vida en la segunda batalla de Tauri, y su cadáver fue llevado en procesión por la guardia hasta su palacio. Aquello puso fin a las guerras civiles. Un héroe real y no un niño que sueña leyendo libros como yo.



*Creo que no has entendido esa anécdota aunque fueras tú mismo el que la viviste.*

*¿De verdad, Azabache?*

*Así es. Tu padre, mi bisabuelo, Verdugo III, no te enseñó lo que es ser un taurido. Ese hombre te arrebató tu infancia.*

Salí de la habitación dándole la espalda y comencé a bajar las escaleras. Pero me detuve a medio camino y me volví para mirarle, las mandíbulas abiertas, la lengua fuera. Verdugo IV no daba crédito a lo que estaba oyendo. Menos cuando añadí: *Yo no dejaré que ni tú ni mi padre me arrebaten mi infancia.*

Y volví a salir a la calle.

Después del sueño regresé a la realidad. A la decisión de mi abuelo: quería obligarme a ser matador. Por un momento deseé tener la fuerza para escaparme. Pero los colonos tauridos aún pocos en el planeta. Llamábamos la atención allí dónde íbamos. No tardarían ni una semana en dar conmigo.

—¿Qué voy hacer! — exclamé en voz alta.

—Siempre hay opciones donde parece que no las hay — dijo una voz a mi espalda.

Reconocí al instante a Vorbe Wusste. Y eso a pesar de que había envejecido mucho desde la última vez que nos viéramos, un año atrás. Parecía por lo menos veinte años más viejo, su barba blanca casi le llegaba al pecho y su rostro estaba surcado de arrugas. Vestía una túnica con capucha que le servía para taparse la cabeza, que en ese momento se descubrió. Tomó asiento junto a mí y contemplamos en silencio durante varios minutos los parterres de flores.

—¿Realmente crees que hay alguna salida para mí?

—Tú eres la salida, Azabache. Pronto lo comprenderás.

Recordé entonces que aquel extraño me había dicho que yo iba a participar en un momento decisivo de la historia del planeta Tierra. ¿Yo? ¿Un pobre adolescente que ni podía huir de su destino de matador de humanos? Yo no podía cambiar mi propia vida y menos el destino de un mundo.

—No te creo — repuse. Porque a aquellas alturas ni estaba seguro de que aquel hombre fuera en verdad un viajero del tiempo. Tal vez me hubiera engañado un año atrás y todos aquellos hologramas que vi en el museo fueran una burla de un humano que pretende reírse de un taurido tonto como yo.

Vorbe Wusste esbozó aquella sonrisa triste que le caracterizaba.

—Regresa al interior y contempla un nuevo giro del destino. Pronto tendrás que tomar dos decisiones. La primera te convertirá en un adulto. La segunda en un héroe.

*¿Un héroe como Carinegro?*, pensé. Estaba claro que aquel humano se reía de mí. Aún así, decidí seguirle el juego:

—¿Qué pasa si no soy capaz de tomar esas decisiones?

—Entonces serás sólo un matador de humanos más. La única decisión que tendrás que tomar en adelante será si el día de tu alternativa te llamas Tragabuches II o Verdugo V.

Nos miramos fugazmente a los ojos. Yo los bajé, temiendo ver el reflejo de ese futuro en el que yo me convertía en un torturador más de un pueblo de torturadores.

Me levanté y comencé a caminar tembloroso hacia la casa de mis padres. Me volví una sola vez. Creo que quería preguntarle a Vorbe algo más sobre aquellas dos decisiones que debía tomar. ¿Cuáles eran? ¿Cuándo debería tomarlas?

Pero el humano había desaparecido. Todo sucedió muy rápido. Mi padre regresó de sus clases y entró por la puerta

principal. Verdugo IV le interceptó y le arrancó las llaves de casa de las manos. Allí estaban también las de los candados y se dispuso a abrir la puerta del sótano. Tragabuches, sorprendido, tardó en reaccionar pero, cuando lo hizo, acudió a la carrera. El anciano ya tenía la puerta entornada.

*No entres ahí, padre* — le pidió. Sus ondas cerebrales temblaban de puro terror.

*No necesito darte explicaciones. Quiero que Azabache lidie a ese humano que tienes abajo para que se deje de tonterías. Tiene que madurar de una maldita vez.*

*Pero es que ahí no hay ningún humano...* — añadió mi padre en algo parecido a un balbuceo mental. Los sonidos llegaban entrecortados, como los de un niño pequeño que

apenas sabe emitir ondas telepáticas.

Descendí la escalera tras mi padre y mi abuelo. Llegué hasta el muro de piedra donde estaba encadenado Solitario y no pude evitar lanzar un mugido de sorpresa.

*Explícame qué demonios es esto, hijo* — dijo Verdugo a Tragabuches, aunque no dejaba de mirarme de soslayo.

El gran matador de humanos, el más famoso lidiador de todos los tiempos bajó la cabeza y rompió a llorar. Pensaba que yo era el único taurido capaz de verter lágrimas. Me equivocaba. Tragabuches tenía razones sobradas para el llanto.

Porque Solitario estaba muerto. Lo que había allí no era un cadáver reciente sino huesos de un niño humano. Solitario llevaba muerto meses, talvez más de un año.

*Mientras el taurido medio ha evolucionado hacia el desprecio por la lidia, una pequeña parte de la población se aferra a las viejas costumbres del pasado. Se aferra con uñas y dientes, arañando a quienes se oponen, mordiendo a los que denuncian sus crímenes, embistiendo contra los animalistas, coceando a los que defendemos que la humanomaquia debe ser erradicada.*

*(Manifiesto de la Liga Contra La Tortura de Humanos)*

## 14-LA PRIMERA DECISIÓN

*Explícame qué demonios es esto, hijo* — repitió Verdugo mirando a los huesos de Solitario con perplejidad —. *Desde niño has sido un taurido extraño; creo que nunca te he entendido del todo. Y aún menos entendía cómo fue posible que un hijo en el que tenía depositadas tan pocas expectativas llegase tan lejos en nuestro arte supremo. Pero esto...* — Verdugo suspiró —, *esto no me lo esperaba ni siquiera de ti. Tener un cadáver pudriéndose en tu sótano encerrado bajo llave. Supongo que podrás explicármelo.*

Tragabuches no podía: sus ondas cerebrales parecían estar farfullando sílabas inacabadas, tratando de empezar mil frases pero siendo incapaz de continuar una. Finalmente se calmó.

*El niño humano* — dijo — *murió al poco de llegar a nuestra casa, en parte por la pena, en parte a causa del hambre o la sed, ya que se negaba a tomar alimento; talvez por haber visto morir a su familia. Apenas vivió una semana.*

*¿En lugar de llevarlo a un matadero lo dejaste pudriéndose aquí y pusiste un candado?*

*Yo, padre... Yo...*

Aquello era inexplicable para el abuelo. Yo tampoco entendía lo que estaba sucediendo, pero había otra cosa que aún me tenía más desconcertado. Si Solitario murió al poco de llegar a nuestra casa, ¿con quién había estado hablando todo ese tiempo? ¿Quién se había hecho pasar por Solitario? Mis hermanas eran ya mayores y ni siquiera de niñas habían sido traviesas. Por otro lado, mis dos hermanos más pequeños eran demasiado buenos para una crueldad semejante. Porque se necesitaba ser muy cruel para engañarme de aquella forma, para burlarse de mí y de mis sentimientos animalistas.

Varias ideas se arremolinaron en mi mente: ¿Por qué las ondas cerebrales de Solitario eran borrosas, diferentes a las de un taurido normal? ¿Por qué decía que la familia que le había dibujado no era la suya, que le estaba engañando? ¿Por qué

sólo me hablaba de noche? ¿Por qué se sentía culpable?

¿Cómo podía saber que había un secreto en el sótano si ya estaba muerto? De pronto tuve una revelación. ¿Y si nadie se había hecho pasar por Solitario? ¿Y si realmente había estado hablando con él? ¿Y si todo era verdad pero yo no había sabido interpretar los acontecimientos?

*Dime una cosa, abuelo* — intervine entonces, andando un paso en dirección a Verdugo.

El anciano pareció sorprendido de que le interrumpiera, de que un mocoso se atreviera a intervenir en una discusión de mayores. Pero después de mirar alternativamente a su hijo y a su nieto con su habitual gesto de desprecio, dijo:

*¿Sí? ¿Qué quieres?*

*Cuando Tragabuches era pequeño le hiciste matar a su mejor amigo, a su animal de compañía, ¿no es verdad?*

Acababa de darme cuenta de que aquella debía ser la típica tradición brutal que pasa de generación en generación en nuestra estirpe.

*Claro* — repuso Verdugo como si fuese la cosa más natural del mundo —. *Traje a un niño humano a nuestra casa en Tauri e hice que pasara varios años con Tragabuches. Fueron inseparables hasta que un día le ordené que lo lidiase en una novillada. Le obligué a banderillearlo, a picarlo montado en un caballo y luego a matarlo de una estocada. Así nació el más grande matador de todos los tiempos.*

Aquello fue la gota que colmó el vaso.

—¡No, abuelo! ¡Te equivocas! — chillé, hablando en voz alta como los humanos que tan poco respetaba Verdugo —. Te equivocas en todo como siempre. No entiendes nada y todo lo tergiversas. ¡Qué bien te queda el nombre de Verdugo!

Me di la vuelta y me marché del sótano porque ahora sabía cuál era la primera decisión que debía tomar, aquella que Vorbe Wusste me había dicho que me mudaría en adulto.

*La democracia directa mental es la forma más elevada de gobierno. El último edicto del gran Carinegro antes de su muerte fue la creación del Alto Consejo taurido. Todos sus miembros deben mantener sus ondas cerebrales abiertas durante las deliberaciones. Cualquier ciudadano puede ser testigo de lo que piensa y de las motivaciones de cada Senador. Después, son elegidos mediante sufragio universal por los ciudadanos del imperio. La política de nuestro pueblo cambió para siempre con ese edicto. Comenzó una era de libertad.*

*(Breve Historia de los pueblos tauridos, Pág. 301)*

## 15-EL ALTO CONSEJO TAURIDO

Una vez leí un libro humano que hablaba de la antigua Grecia y de la democracia ateniense. Tenían una Asamblea, donde los hombres se reunían a hacer política. Todos tenían voz, desde el aristócrata más poderoso a un mendigo de las calles. El Alto Consejo taurido se parece a esa estructura de la

Tierra. Está formado por cien senadores pero cualquiera de nosotros, sea cual sea nuestra edad, puede hablar ante el Consejo. Bueno, aunque hablar no sea la palabra sino mostrar nuestros pensamientos a los padres de la patria para que estos tomen en consideración lo que demandamos.

Aunque en teoría todos podemos intervenir en el Alto Consejo, lo cierto es que rara vez lo ha hecho un joven de mi edad. No sé si yo he sido el primero en hacerlo. Pero bueno, eso es lo de menos. El caso es que, cuando salí de casa de mi padre, ya había tomado mi decisión. Precisamente el Alto Consejo, en el marco de las celebraciones por el segundo año de la conquista de la Tierra, que culminaba con el traslado de los primeros cien mil colonos, estaba haciendo una sesión extraordinaria en la Ciudad de México, en el Antiguo Palacio del Ayuntamiento. Así que cogí mi aerodeslizador y viajé durante una hora desde Europa a América.

No me fue difícil llegar a mi destino, aunque según me fui acercando a la antigua Plaza de la Constitución, y a las inmediaciones del Palacio, el tráfico se hizo más complicado. Las calles estaban atestadas de tauridos celebrando el evento. Yo, por mi parte, pensaba en lo irónico que resultaba que aquel edificio, construido por Hernán Cortés, lo ocupara ahora el Alto Consejo. El conquistador español había sojuzgado a la población local en el siglo XVI, como nosotros hacíamos ahora con los humanos. Asimismo, había traído la tauromaquia a México a través de un familiar. Ahora nosotros ocupábamos su edificio después de llevar a México y a la Tierra entera nuestra maravillosa Fiesta: la humanomaquia. Por si esto fuera poco, aquel lugar estaba asentado sobre las ruinas de la antigua ciudad indígena de Tenochtitlán, la capital azteca que los españoles habían derrotado.

Pero aparté aquellos pensamientos. Tenía algo importante que aportar al Consejo. Y debía hacerlo ahora mismo, antes de que el miedo me atenazase y me impidiera actuar. Inspiré hondo y me dirigí con paso firme a través del Palacio hasta el Salón de Cabildos. Penetré en el recinto y me detuve frente a la tribuna de oradores. Desde las puertas laterales, muchos me contemplaron con sorpresa, las velludas cejas bovinas enarcadas. Creo que escuché alguna risa mental sofocada. Pero el que no reía era el Mariscal-presidente Albahío IV, que torció el morro y me señaló con una de sus pezuñas:

*¿Tienes algo que decir al Alto Consejo? ¡Espero que no sea una broma!*

—No lo es, Mariscal-presidente — dije utilizando la voz.

Un bramido de desaprobación ascendió por la doble hilera de gradas. Albahío tuvo que acallararlo con un gesto, cerrando el puño y levantándolo en alto, como hacen nuestros generales en la batalla.

*¿Por qué usas las cuerdas vocales como los seres inferiores?*

—Lo hago porque vengo hablar de los seres inferiores y de la humanomaquia: ese crimen atroz que cometemos contra la raza de los hombres.

Esta vez, el rumor se convirtió en chillidos, en bramidos de rabia y en insultos emitidos a través de las cuerdas vocales. El Mariscal-presidente levantó en varias ocasiones su puño pero nadie hacía caso. Era un hombre inteligente y se había dado cuenta de que yo pretendía llamar la atención del Consejo. Estaba claro que lo había conseguido. Albahío me hizo una señal con la mano. Podía dar comienzo a mi discurso. Había llegado el momento de mostrarles mis dones como telepata y explicarles la historia de Solitario:

—¡Escuchadme, senadores de Tauri!

Respiré hondo, concentrándome en mis recuerdos. Ya he explicado que los tauridos nos enviamos de forma telepática únicamente palabras, a veces con personas de mucha confianza algún sentimiento como el amor. Si mantenemos nuestras ondas cerebrales abiertas, quienes nos escuchan pueden saber si decimos o no la verdad. Ése es el límite de las capacidades habituales. Porque no podemos mandar imágenes. Únicamente Solitario y yo podemos.

—Es sabido, venerable audiencia, que los humanos son seres inferiores. Durante siglos han lidiado a nuestros primos lejanos, los toros, porque ellos mismos veían en los bovinos a seres inferiores sin alma. El cociente de inteligencia de un toro es de diez o quince mientras el hombre medio posee apenas cien. Nosotros somos un pueblo mucho más avanzado y místico, les llevamos milenios de ventaja en la evolución. Si usásemos su tabla posiblemente pasaríamos de quinientos. Los hombres son para nosotros aún más inferiores que los toros para los hombres. Tenemos más derecho a lidiarlos en una plaza que el que tienen ellos con los toros. Pero, al igual que ellos, no somos más que una raza de criminales.

Mientras decía lo anterior fue formándose en el centro del techo, junto a la gran lámpara de cristal y las pinturas murales de Félix de Parra, un conjunto de imágenes milenarias del toreo que yo había visto en el museo de la humanomaquia, y de algunos de los más grandes lidiadores de humanos de nuestra historia, encabezados por mi padre, el gran Tragabuches. En contextos normales, mis palabras, renegando de nuestra sagrada humanomaquia, habrían provocado chillidos por parte de los senadores y del público, pero todo el mundo estaba anonadado ante la visión de aquellas imágenes, de un telepata capaz de una hazaña semejante. Así que la audiencia me escuchaba en silencio, boquiabierta. Yo les había abierto mi corazón y ellos veían que todo cuanto yo decía era verdad, al menos desde mi punto de vista. Pero sabía que esa visión subjetiva no bastaría para convencerlos. Para ello debía explicarles la historia de Solitario.

—Éste es mi padre cuando tenía mi edad. Algunos reconoceréis la fotografía por los libros y biografías que se han escrito de ese gran matador. Yo mismo he visto muchas más imágenes en nuestros álbumes familiares. Pero lo que no aparece en ninguno de esos álbumes es Solitario.

En esta ocasión, la imagen de un pequeño humano fue creciendo hasta llenar por entero el techo del Salón de Cabildos. Reflejos iridiscentes se proyectaron en las cuentas de la lámpara central hasta cegar a la concurrencia.

—El pobre Verdugo V fue criado como todos nosotros en el amor a la humanomaquia. Se le explicó que es un arte supremo. Pero el pequeño Verdugo no quería ser matador. Su padre, mi abuelo, lo descubrió. Pensó que su obligación era quebrar su voluntad y urdió un plan terrible: le trajo un niño humano de la Tierra y lo convirtió en la inseparable mascota del niño. Cuando su hijo tuvo la edad para comenzar en la escuela de humanomaquia, le obligó a dar muerte a su compañero de juegos. Aquello rompió el corazón del pequeño Verdugo y le cambió el carácter. Convirtió su lidia en algo novedoso, en una forma de riesgo y de valor nunca antes vista. Todos le llamáis el más grande matador de todos los tiempos. Pero estáis equivocados, Verdugo V o Tragabuches, es el más grande suicida de todos los tiempos.

Esta vez la multitud prorrumpió en nuevas exclamaciones de desagrado y silbidos. Estaba hablando del gran héroe, del referente cultural de la Fiesta, del más adorado de los tauridos. Y su propio hijo ponía en duda la grandeza del héroe tratando de ensuciar su nombre.

—Mi padre abandonó la estirpe de los Verdugo y decidió llamarse Tragabuches — dije, alzando la voz para apagar los murmullos —. Si os fijáis, el nombre de un humano, de un torero que se hizo asaltante de caminos, de un renegado. Porque eso era lo que en su interior se sentía Tragabuches. No un lidiador de humanos, un héroe, sino un asesino. Había matado a su mejor amigo y buscaba la redención. Por eso su toreo es tan agresivo, tan arriesgado. Lleva muchos años esperando el día liberador en que un humano le dé muerte. Ha conseguido que le hirieran incontables veces pero aún no ha



encontrado al humano que le mate y le permita descansar de la barbarie a la que está condenado.

Volvió el estupor y todos miraban incrédulos la imagen icónica de Tragabuches ensartado por una lanza humana y sonriendo en el suelo. Muchos habían visto aquella imagen porque era de una de sus corridas más famosas en Alfa Centauri. Todos comprendían lo que en verdad había pasado. Mi padre pensó que le habían dado muerte y sonreía porque era feliz porque al final había sido liberado de su destino. Por desgracia, aunque estuvo más de tres meses en el hospital, se recuperó. Las masas, su padre y el peso de la tradición de los Verdugo, y su particular búsqueda de la muerte o suicidio en la plaza, le hicieron regresar a los ruedos.

—Hace breves fechas alcancé la edad para comenzar en la escuela de humanomaquia en Nueva Madrid. Al igual que mi padre yo no quiero ser matador. Tragabuches, siguiendo el ejemplo de mi abuelo y éste a su vez de mi bisabuelo, quiso convencerme de que lo mejor es obedecer la tradición aunque sea un acto criminal. Tragabuches lleva tanto tiempo negándose a sí mismo que sólo piensa que podrá eludir su destino muriendo en la plaza. Nunca sería capaz de levantarse en esta tribuna y decir que odia la humanomaquia, que es un crimen despreciable. Seguirá matando hasta que un humano le quite la vida. Sólo entonces podrá descansar.

En ese momento llegaba al Consejo por una de las puertas laterales y se sumaba al público... el mismísimo Tragabuches. Sin duda me había seguido preocupado desde nuestra casa. Había escuchado la última frase. Me miraba fijamente. De nuevo, lágrimas humanas corrían por sus mejillas.

—Así que mi padre trató de repetir el mismo plan que Verdugo IV había preparado para él, la misma trampa. Trajo a un niño humano a nuestra casa para convertirlo en nuestro animal de compañía. Pero entonces la culpa se hizo insoportable, y esa culpa que habitaba en su interior hizo que renaciera Solitario, no el niño que acabábamos de raptar en un pueblo de pescadores de Valencia, sino el niño que fue su compañero cuarenta años atrás y al que dio muerte para satisfacer a su padre. Por las noches, mientras dormía, se comunicaba conmigo. Solitario era su sentimiento de culpa, las lágrimas de aquel niño del pasado eran las lágrimas de mi padre, esas lágrimas que está vertiendo ahora mismo. — Me giré y señalé con mi pezuña derecha a Tragabuches. Los senadores mugieron de estupefacción — Yo pensaba que estaba hablando con el niño del presente y lo hacía con el recuerdo y la culpabilidad de mi padre. Todo mientras él dormía, ajeno a lo que estaba sucediendo. Por eso sólo

hablábamos de noche. Por eso sus ondas cerebrales eran como brumas, porque estaba dormido. Por eso el pequeño niño humano me podía mandar en ocasiones imágenes telepáticas, aunque algo más limitadas que las mías: porque Solitario era mi padre, del que he heredado este don. Por eso Solitario no reconocía a su familia en mis dibujos. Porque el niño que habíamos raptado murió a los pocos días de llegar a nuestra casa, atado en el sótano como una bestia sin alma como todos llamais a los hombres. Allí murió tras ver asesinada a su familia una semana antes: le abandonaron las fuerzas porque no quiso seguir viviendo como una bestia sin alma. Mi padre bajaba todos los días a contemplar su último crimen, y el dolor se hizo cada vez más grande. El Solitario que habitaba en su alma se hizo cada vez más fuerte, hablaba conmigo y me pedía nuevos dibujos de su familia, imágenes con las que intentaba apagar su dolor. Pero yo no podía ayudarle porque nunca vi a su verdadera familia.

Las imágenes que ahora se reflejaban en el techo del salón dieron escalofríos hasta a los seguidores más acérrimos de la humanomaquia. Porque ahora el pequeño Azabache no sólo les transmitía las imágenes de los dos Solitarios, las familias de ambos asesinadas de igual forma con décadas de diferencia, el dolor inaudito de esas dos pobres almas... Ahora también era capaz de transmitir emociones, su propia náusea hacia aquellos hechos, hacia la Fiesta nacional del pueblo taurido, e incluso era capaz de mostrar la vergüenza y la culpa de Tragabuches, todo aquel peso que había llevado en su corazón y que finalmente había dado vida a un suicida que sólo pretendía morir antes que desairar a su padre y a la tradición milenaria de un pueblo enfermo. Todos pudieron sentir lo mismo que Tragabuches: su miedo, su rabia, sus deseos de morir en la plaza, y como con cada estocada mortal con la que asesinaba a un humano, su corazón pedía perdón por el monstruo en el que se había convertido. El gran héroe del pueblo taurido aparecía en la bóveda en todo su colosal fracaso, convertido en un ser torturado que ansiaba la muerte y no en un ejemplo para nadie, ni para su hijo, ni para los tauridos, ni siquiera para sí mismo.

Entonces terminé mi discurso con unas palabras que esperaba de todo corazón que pasaran a la historia:

—Aunque para algunos la humanomaquia pueda parecer algo hermoso, un arte, sois lo bastante sabios para saber que hoy es una práctica inmoral: una forma de tortura y de degradación. El respeto a las antiguas costumbres no puede justificar el martirio de un ser vivo y de un alma noble. La humanomaquia debe ser abolida ahora, aquí, y para siempre.

## **CUARTA PARTE: AZABACHE, EL HÉROE**

*Entrevistador: ¿Cuál es el ser humano más valiente que has conocido en cualquiera de tus viajes?*

*Vorbe Wusste: El más valiente no fue un ser humano.*

*Entrevistador: ¿No?*

*Vorbe Wusste: No. Fue un taurido llamado Azabache.*

*(Conversación informal poco antes de que Vorbe se retirara del servicio activo como viajero del tiempo)*

### **16-SACRIFICIO**

Aquí se termina la historia de Azabache. Ya no haré más dibujos en mi cuadernillo y no sé qué me depara el mañana. Mi discurso ante el Alto Consejo ha terminado y desciendo de la plataforma. El Mariscal-presidente Albahío me contempla con gesto torvo. Acaba de dar la orden de desalojar a parte del público, especialmente a los más vociferantes. Ha visto las miradas asesinas de la multitud, los insultos, las amenazas.

*Un discurso elocuente, Azabache* — piensa, y yo advierto en sus ondas cerebrales una sombra de admiración. Lo que me conmueve, porque es uno de los mayores defensores de la lidia

— *Pero es sólo un discurso. Hay demasiados intereses creados en torno a la humanomaquia, demasiados ganaderos poderosos, demasiados políticos que sacan provecho. Tal vez cambien algunas cosas, pero la humanomaquia no desaparecerá. No hoy, como acabas de pedir en tu alegato.*

Asiento con la cabeza y camino lentamente entre la doble hilera de senadores camino de las puertas laterales. Allí apenas quedan ya dos o tres individuos, los más tranquilos, un par de tauridos animalistas que no parecen interesados en matarme por poner en duda la grandeza de su Fiesta nacional. Incluso

uno de ellos me lanza palabras de apoyo. Mi padre no está; tras haber sido humillado ha desaparecido.

Ya nadie volverá a decir de él que es el taurido más grande de todos los tiempos. La placa y su estatua en el museo ya no tienen razón de ser.

Espero mientras el Alto Consejo delibera. Al principio, algunos contrarios a la humanomaquia piden una resolución que la prohíba. Pero tras la sorpresa inicial, los defensores de la "Fiesta" alzan su voz para hablar de los miles de años, de las grandes figuras de la lidia, del pasado glorioso que ahora queremos eliminar. Poco a poco, los discursos se hacen más elocuentes y la defensa de nuestra raza más estentórea. Pierdo la fe. Pero claro, sé que esto no ha terminado.

—Aún me queda esa segunda decisión que debo tomar. ¿No es así? — inquiero, en voz baja, a la única persona que se ha atrevido a colocarse a mi lado durante la deliberación.

Se trata de alguien escondido detrás de una larga túnica con capucha que oculta su cuerpo y su rostro.

—Tú ya sabes cuál es esa decisión.

Vorbe Wusste está en lo cierto. Puedo quedarme hasta que termine la reunión del Consejo y contemplar cómo se ratifica la Fiesta de la humanomaquia, aunque con un texto de consenso en el que se pida cuidar de que en el futuro se trate con más dignidad a los humanos durante su captura. Un pequeño cambio, un lavado de cara para que todo siga igual.

La segunda opción es salir a la calle, a la Plaza de la Constitución, ahora que la masa furibunda de seguidores de la humanomaquia me está esperando... y antes de que se calmen los ánimos con la resolución del Alto Consejo.

—¿Me matarán?

—Sí, Azabache.

—Y tú me pides que salga afuera.

—Yo no te pido nada.

Entonces, de pronto, lo entiendo todo. Todas las causas necesitan un mártir. La lucha por la causa de la abolición de la humanomaquia no será cuestión de un día, ni de un año, ni de cien años. Yo seré el primero y vendrán muchos después de mí.

Habrán un sinnúmero de derrotas y alguna victoria. Tal vez un día se termine con esta bestialidad, pero ninguno de nosotros lo verá. No obstante, hay un atajo. Porque un mártir es algo poderoso, un referente para las nuevas generaciones, algo que no puede ni debe ser olvidado. En el fondo, es mi única oportunidad para hacer lo que está bien.

A veces, lo único que importa es hacer lo que está bien. Me levanto y miro a ese anciano viajero del tiempo que ha visto demasiadas cosas y que, como yo, está cansado de verlas.

—Hay algo que no me cuentas, ¿verdad?

Vorbe no responde y mira en dirección a la tribuna del Alto Consejo, donde ahora está hablando un senador que es a la vez uno de los más grandes ganaderos de nuestro planeta.

—Mi sacrificio — prosigo —, aunque levantará ampollas y pondrá a la opinión pública y al Consejo en contra de los defensores de la humanomaquia, no debería bastar para abolirla. No ahora, como bien dice el Mariscal-presidente. Tal vez en unos años si los que me siguen saben utilizar bien mi recuerdo. ¿Cuál es la pieza que falta del rompecabezas?

Pero Vorbe Wusste sigue en silencio. Ya ha hablado demasiado. Con parsimonia avanzo por los pasillos en dirección a la salida del palacio, atravesando arcos y salones de un estilo barroco español. Un palacio reconstruido durante cuatro siglos, mientras España iba feneciendo y las antiguas colonias conseguían independencia. Ahora es el momento de luchar por la independencia del hombre. Aquellos muros saben mucho de la lucha de los indígenas por sobrevivir. Es el escenario ideal para mi propia lucha.

Cerca de la salida, aguzo el oído y puedo oír los mugidos de la multitud. Están pidiendo mi cabeza. No tengo miedo. Habría sido un gran matador si mi moral me permitiese ser un torturador y un asesino. Tampoco quiero morir, yo no soy mi padre. Y, sin embargo, ojalá hubiese una tercera opción. Pero como no la hay levanto los hombros y suelto mi propio mugido. Uno bien fuerte: de indignación hacia este mundo de torturadores donde me ha tocado nacer. Y salgo al ruedo, a disputar la primera y última corrida de mi existencia.

*Entrevistador: ¿Por qué te impresionó tanto Azabache? Siempre hablas de él. Has conocido a algunas de las figuras claves de la historia pero ninguno te ha marcado como ese muchacho.*

*Vorbe Wusste: Azabache era auténtico. No era un hipócrita como Sócrates o un iluminado como Alejandro Magno. No estaba obsesionado por su propio mito. No era ni siquiera un fanático animalista dispuesto a todo por su causa. Era un ser pragmático que tomaba decisiones pragmáticas. Lo mejor era sacrificarse. Así que lo hizo. No dudó ni un solo instante.*

*(Conversación informal poco antes de que Vorbe se retirara del servicio activo como viajero del tiempo)*

## 17-LA SEGUNDA DECISIÓN

En la calle, una multitud de rostros anónimos se arrojan en mi dirección, las pezuñas extendidas, los cuernos apuntando a mi pecho y la muerte en sus rostros. Pero no todos los rostros son anónimos. Miro al fondo: caminando en zigzag, como un borracho, se aleja Tragabuches, convertido en un hazmerreír, huyendo como siempre de sí mismo y de la culpa. Entonces aparece un segundo rostro conocido. Es mi abuelo, Verdugo IV, que debe de haber venido también desde Nueva Madrid buscando a ese adolescente que huyó en aerodeslizador de la locura de una familia de asesinos. Lleva en la mano un palo; es igual que aquel que alzaba el humano que mi padre mató el día de nuestro desembarco en la Tierra.

—¿No permitiré que avergüencen más a nuestra familia, a

nuestra estirpe, bastardo! ¡Tú no eres ya de mi sangre!

Por un momento, tengo miedo. No de morir, ni siquiera de morir a manos de mi propio abuelo. Tengo miedo de sobrevivir y seguir hollando este maldito planeta. De cualquier forma, ahora sé lo que debo hacer. Cómo conseguir que hoy, ahora, se ponga punto final a la humanomaquia y nuestra raza regrese a la senda de la razón.

Soy uno de esos héroes que dieron la vida por el bienestar de nuestra raza. Soy como Carinegro, alguien que aparecerá en los libros de historia. Es terrible ser un héroe. No se lo deseo a nadie. Pero aún es peor saberlo durante el breve instante que el palo de Verdugo desciende hacia mi cabeza. Ahora entiendo el silencio de Vorbe Wusste.

*Entrevistador: ¿Dónde estabas cuando murió Azabache?*

*Vorbe Wusste: En el Salón de Cabildos, asistiendo a la votación del Alto Consejo. No quise ser testigo de lo que iba a pasarle.*

*Entrevistador: ¿Qué sentiste cuando Azabache abandonó el Salón hacia la Plaza de la Constitución?*

*Vorbe Wusste: Pena, pero sobre todo orgullo por haberle conocido.*

*(Conversación informal poco antes de que Vorbe se retirara del servicio activo como viajero del tiempo)*

## 18-EL FINAL DEL CAMINO

Mis cinco sentidos proyectan una sola imagen a la bóveda del Alto Consejo. La imagen de un centenar de tauridos fanáticos que clavan palos, dientes, cuernos y pezuñas en el rostro de un adolescente. Proyecto el odio, la rabia, la sed de venganza que anida en sus corazones. Su deseo de seguir torturando seres vivos en las plazas hasta el fin de los tiempos, su voluntad de ser unos torturadores inmundos y estar dispuestos, para ello, a matar a uno de los suyos. Porque matar es matar, torturar es torturar, y al final sólo es un toro más, o un humano más, o un ser vivo más, aunque se trate de alguien de tu propia especie: de un taurido. Qué más da.

—¡Muerte a los enemigos de la humanomaquia!

En el Salón de Cabildos, el Mariscal-presidente Albahío ha conectado minutos atrás con todos los rincones del imperio a través de la red holográfica interplanetaria. Lo he percibido cuando esperaba en el palacio el momento de salir a la Plaza de la Constitución para mi sacrificio.

La imagen de mi Verdugo alzando un palo ensangrentado

es lo último que puede verse en el Alto Consejo, y también en todos los hogares del imperio taurido. El gesto de odio, la rabia y sinrazón infinitas se quedan congeladas, primero en el techo del Salón de Cabildos, luego en la retina de los senadores y en adelante en la de los espectadores de un centenar de mundos.

Acabo de entrar en los libros de historia. Pero ya no soy consciente de mi cuerpo. Me envuelve la oscuridad, pero aún así sigo proyectando con mis últimas fuerzas esa imagen. Para que no se olvide. Para que nadie olvide que aquello que está mal no puede disimularse con palabras como tradición, Fiesta, patrimonio cultural o bien inmaterial de nuestra raza.

Lo que está mal, está mal. Ninguna palabra puede corregirlo, porque la humanomaquia es un crimen igual de perverso que mi asesinato. Así que cierro los ojos. Éste es el final del camino pero a la vez el comienzo de esa nueva senda que he soñado para los tauridos, para los hombres y para cualquier ser con alma que habite este maravilloso planeta.

*Entrevistador: ¿Hay algo más que quieras añadir antes de tu jubilación?*

*Vorbe Wusste: Me gustaría elegir una fecha y un lugar donde pasar mis últimos días.*

*Entrevistador: Dime.*

*Vorbe Wusste: Me gustaría ir a Nueva Madrid. Justo veinticinco años después de la muerte de Azabache. Al 2102.*

*(Conversación informal poco antes de que Vorbe se retirara del servicio activo como viajero del tiempo)*

### EPÍLOGO (25 años después)

El museo de la humanomaquia volvía a llamarse museo del Prado. Era una tarde hermosa y perfecta, una de éstas en que los pájaros trinan y su melodía se funde en un sopor reconfortante del atardecer. Vorbe Wusste suspiró hondo, demasiado cansado para dar otro paso más: el último paso. Pero aun así fue capaz de levantar sus agotadas extremidades y caminó hacia la estatua de Azabache que franqueaba la entrada del museo. Estaba sonriendo hacia el espectador, henchido de orgullo por su valor, su sacrificio. La pezuña derecha del taurido descansaba sobre el hombro de un niño humano, daba igual que fuese Solitario primero o Solitario segundo. Aquel niño humano era el símbolo de todos los niños que ya no verían a sus padres morir en las plazas.

Vorbe Wusste era muy anciano. Tanto que ya no recordaba ni cuántos años tenía. Entre la primera vez que coincidió con Azabache en el museo de la humanomaquia y el día de su muerte, para el taurido había pasado sólo un año, pero él había vivido más de treinta, inmerso en sus viajes, de aquí para allá, contemplando el devenir del planeta. Ahora otro cuarto de siglo pesaba en sus huesos, el tiempo que había pasado desde la retransmisión en directo de su asesinato.

Echó hacia atrás su capucha y descubrió la cabeza, completamente calva. Su tarea había terminado. Vorbe, el viajero de todos los viajes, había decidido que ya no iba a viajar más, que su camino terminaba allí. Vorbe se había retirado del servicio. Ya no era un viajero del tiempo.

Cogido de su bastón se dejó caer hasta el suelo y apoyó la espalda contra la piedra de mármol de la estatua. Exhaló un bufido, inmensamente agotado por los años y por el polvo de todos los caminos hollados, que ahora parecía colapsar sus pulmones como si quisiera asfixiarle.

Tosió dos veces. Había sangre en su pañuelo. Era el final.

—¿Está bien, señor? — dijo un coro de voces infantiles.

Vorbe Wusste despertó de su lento tránsito hacia la muerte.

Abrió los ojos y vio un grupo heterogéneo de niños humanos y tauridos. Eran cinco, todos muy pequeños, de no más de ocho años. El más alto de ellos, uno de los dos tauridos, llevaba una pelota en el brazo.

—Estoy bien, no os preocupéis — les dijo Vorbe —. Seguid jugando, sólo descansaba. Es un día precioso, ¿no?

Los niños se alejaron entre risas, lanzándose su pelota y dándole por fin una patada que les hizo correr detrás del balón en dirección al Parque del Retiro.

El planeta Tierra había cambiado en el último cuarto de siglo. Ahora los humanos y los colonos tauridos vivían en armonía. Una armonía imperfecta, pues hubo tensiones y algún atentado. Verdugo IV murió de infarto en la entrada de la clausurada Plaza de las Ventas mientras se enfrentaba con otros fanáticos a la policía. Tragabuches renegó de su pasado de matador y dedicó el resto de su vida a glorificar el sacrificio de su hijo. Porque al final, aquella primera piedra que puso Azabache terminó convertida en una catedral: en ella habitaban ahora todos los seres sintientes del planeta.

Vorbe Wusste, que había conocido a Julio César, a Napoleón, a Buda o a Sócrates, y a muchos de los grandes hombres de la historia de la civilización, tenía claro que el más digno de admiración de todos ellos había sido un toro extraterrestre, un adolescente llamado Azabache. Le pareció de justicia que el final de su camino fuera allí, apoyado en la estatua de un gran ser vivo que murió demasiado pronto.

Porque todos los seres vivos, sean toros, perros, hombres o cualquier otro animal, somos iguales y nadie es mejor que otro, y nadie tiene derecho a abusar del otro, a torturarlo en una plaza y a darle muerte en nombre de unos valores abyectos que nadie debería utilizar para justificar tamaña barbarie. Ésa fue la enseñanza de Azabache y nadie en el planeta Tierra se había atrevido a olvidarla.

Poco a poco, la respiración de Vorbe se fue haciendo más lenta, mientras hollaba los últimos metros de su senda en la vida. Alzó la vista y vio la sonrisa de metal de Azabache, su gesto tierno y protector hacia el niño humano. A Vorbe le pareció que su sacrificio había valido la pena: ahora por fin las cosas estaban bien en aquel viejo planeta que orbitaba perezoso en torno al Sol.

Ya nadie necesitaba de Vorbe Wusste. Era el momento de descansar. Así que cerró los ojos y el tiempo se detuvo por fin para un anciano viajero. Sobre él se elevaba la estela grabada en el pedestal de la estatua de Azabache:

**Humano o taurido, el ser vivo más grande de todos los tiempos, el más grande que ha pisado este planeta.**